

LOS VAIVENES DE LA HISTORIA

MEMORIAS DE LOS POLACOS EN CHILE

Embajada de la República de Polonia en Chile



AGRADECIMIENTOS

La Embajada de la República de Polonia en Chile entrega en vuestras manos este libro, que en un principio nació como una motivación estrictamente de profesión, pero más tarde, se convirtió en una necesidad del corazón. Nuestra idea inicial fue crear una pequeña monografía sobre los polacos en el país, donde les tocó vivir y trabajar. Queríamos presentar la historia del asentamiento de los polacos en Chile, como asimismo, las características de esta pequeña colectividad. Sin embargo, a medida que fuimos juntando material, las historias narradas por los representantes de las generaciones polacas más antiguas, resultaron tan interesantes y conmovedoras, que el corazón sugirió cambiar la narración impersonal a una lo más personal posible. De este modo, decidimos presentar diez protagonistas y sus historias individuales. Muy poco adicionamos al contenido de las confidencias particulares.

Inmodestamente pensamos, que ustedes lo leerán de corrido, recordando por mucho tiempo, cuán sinuosos han sido los caminos de los polacos, que hoy viven en Chile.

Debido al criterio adoptado en la selección de los héroes de nuestra historia, no presentamos en este libro a la generación más joven: personas que llegaron a Chile en la segunda mitad del siglo XX, como tampoco a quienes llegaron en los últimos años. Estamos convencidos de que en nuestro medio hay también otras grandes personas solo que nosotros no llegamos a conocer su destino.

Agradecemos al Ministerio de Relaciones Exteriores Polaco, cuyo aporte ha posibilitado la transcripción de las entrevistas, la elaboración del texto y su publicación en forma de libro. La Embajada de Polonia agradece también a la señora Aleksandra Pluta, quien realizó su trabajo con gran dedicación, con frecuencia excediéndose en las obligaciones acordadas.

Nuestros agradecimientos dejamos a la señora Mary Elisabeth Dziekoński Rūchart y a los señores Henryk Kaczor, Jerzy Jannasz, Raul Małachowski, Jerzy Dziekoński, Michał Kurasz y Dawid Fajersztein, por habernos dado acceso a las fotos y documentos de sus archivos.

Grażyna Machałek
Cónsul de la República de Polonia en Santiago

La presente colección de recuerdos, es un ejemplo del registro de la historia oral, cuyas raíces se remontan a la Antigüedad. Ya Heródoto de Halicarnas lo había escrito en el segundo tomo del libro de las *Historias*: “Mi papel en todo este trabajo es, redactar los detalles por todos narrados, tal como los he oído”. La “voz” desde un comienzo fue narrada, recordada y transmitida, y solo mucho más tarde fue escrita.

En el siglo XX la historia oral fue incluida en el marco de las ciencias sociales y las humanidades, pues los investigadores se percataron de la importancia y el valor sin igual que poseen las narraciones de la gente común como así mismo vidas cotidianas.

Cada ser humano, lleva en sí una historia fascinante, un bagaje irreplicable de momentos vividos. Sin embargo, los recuerdos, las emociones y las experiencias de cada protagonista presentado en esta colección, están expuestos a la fragilidad de la memoria. Algunas fechas, apellidos, lugares y hechos mencionados en el libro pueden ser inexactos. Esa es la naturaleza de los recuerdos: el pasado comienza a vivir su propia vida, a algunas instancias, más o menos conscientemente, se les agrega más colorido.

Hay que tomar en cuenta, que algunos de los episodios citados, en ocasiones, sucedieron incluso hace más de ochenta años. Cada uno de los relatos presentados, es un testimonio individual, la huella del tiempo sin retorno, pero permanece viva en la memoria. Una versión de la historia de este tipo, tiene una dimensión más humana, que la que encontramos en un manual de Historia.

Esta publicación es fruto de varios encuentros excepcionales que tuvieron lugar entre octubre y noviembre del año 2009. Las personas que aceptaron contar sus historias, son representantes de la emigración polaca de posguerra en Chile y testigos oculares de la trágica historia por la que transitó Polonia durante el siglo pasado.

Frecuentemente sus relatos se centran en los recuerdos de la guerra. Estos son, algunas veces muy dolorosos, pero verdaderos. Su mayor valor es sobre todo su subjetividad: la mirada personal sobre un tema y no la imagen objetiva y “oficial” de la realidad. Es por esta razón que se trató de no interferir en el estilo de los relatos, por lo que mantuvimos algunas expresiones coloquiales usadas por los entrevistados.

En un principio, el material obtenido fue en forma de entrevistas. Algunas de estas se prolongaron tanto, que se transformaron en reuniones con almuerzo, búsqueda de fotos antiguas y documentos amarillentos. Muchas personas sacaron de sus desvanes cajas empolvadas que guardaban recuerdos de los antepasados: medallas, fotografías y cartas. Cada conversación fue una aventura fascinante, y cada una de las historias relatadas merece ser transcrita y transmitida a los demás pues según Czesław Miłosz: “*lo no pronunciado va rumbo a la inexistencia*”¹.

¹ Traducción del fragmento del poema de Czesław Miłosz, *El perro a la orilla del camino*.



HENRYK KACZOR

Nació el 23 de abril de 1911 en Varsovia. Hijo de Izaak Kaczor y Felicja Kaczor. Llegó a Chile en el buque “Rakuya Maru” que en el camino de regreso a Japón fue bombardeado por los estadounidenses. Vive en Chile desde 1940.



HENRYK KACZOR

Es probablemente el polaco de mayor edad que vive en Chile. Con orgullo cuenta la historia de su abuelo que participó en el Levantamiento de noviembre y aún con ciento veinte años de edad andaba derecho “como un general”. Recuerda con nostalgia los tiempos de Rydz-Śmigły y de Varsovia antes de la guerra, ciudad que abandonó antes del primer bombardeo en 1939. Con los ojos brillantes hace planes para el futuro: —En cuanto me sienta mejor viajaré a Polonia para ver la tumba de mi madre y encontrar a mi familia.

VARSOVIA

Tengo 98 años y muy buena memoria. Nací en Varsovia. Mi padre se llamaba Izaak Kaczor y tenía una granja grande de gansos, los cuales vendía en Alemania e Inglaterra. Mi madre se llamaba Felicja y murió cuando yo tenía dieciséis años. Soy el mayor de tres hermanos. Tenía dos hermanas menores: Irena y Gienia. Irena terminó la carrera de Derecho en la Universidad de Varsovia, recibió su diploma y cuando estaba a punto de empezar a trabajar, estalló la guerra. Su marido, Jerzy Warszawski, era ingeniero y muy buen jugador de bridge. Tenía una fábrica de zapatos en Łódź. Cuando murió mi madre, mi padre me dijo que debía empezar a estudiar en un instituto electrotécnico, con el objeto de asegurarme una profesión para el futuro. Allí estudié cuatro años. A los veinte años, me inscribí para hacer el servicio militar en el regimiento número 76 en Grodno. Recuerdo que un día mientras hacíamos ejercicios, tuvimos que fingir que capturábamos al enemigo. Yo fui elegido como comandante y logré hacer prisionero a Rydz-Śmigły. Él estaba a tal punto sorprendido que este ejercicio me hubiera

salido tan bien que me premió de un modo particular, cosiéndome en el uniforme lo que sería mi primer distintivo. Cuando terminé el servicio militar volví a Varsovia donde empecé a trabajar en una empresa importadora de materia prima para la industria maderera de Alemania, Japón y Estados Unidos.

EL PRIMER BOMBARDEO

Cuando estalló la guerra le dije a mi familia que tenía que presentarme al Ejército en Grodno, para luchar contra los alemanes. Mi hermana Irena y su marido Jerzy decidieron ir conmigo, ya que temían quedarse en Varsovia.

Viajamos en mi moto que era para tres personas, con un pequeño acoplado lateral, en el que se acomodó Irena. Mi otra hermana, Genia, tenía un hijo y junto con mi padre se quedaron en Varsovia.

Viajamos todo el día y toda la noche. En la madrugada del día siguiente llegamos a Ostrów Mazowiecki, donde mi hermana pidió detenernos en algún hotel y tomar un pequeño descanso. Yo no quería, puesto que ya habían comenzado los bombardeos y en el cielo se podían ver muchos aviones alemanes. No obstante, como Irena insistió y mi cuñado no quería disgustarla, nos quedamos en un hotel. Dormí en el tercer piso. De pronto escuché un gran ruido —el hotel había sido bombardeado por aviones alemanes—. En un instante caí del tercer piso al sótano, tapado por escombros y algunas tablas. Todo estaba en llamas a mi alrededor. Estuve tumbado así por un par de horas sin que nadie me rescatara, no podía moverme. Mientras yacía entre los escombros pensé: *Dios mío, nadie puede rescatarme porque nadie sabe que estoy aquí*: Solo vi lenguas de fuego acercándose, y estos pensamientos pasaban

por mi cabeza: *está claro, que moriré, pero ¿por qué tengo que morir quemado?* Poco tiempo después una persona metió la cabeza por una pequeña ventana, preguntando si había alguien adentro. Empecé a gritar: *¡Socorro, estoy aquí!* Fue un milagro que consiguieran sacarme de allí.

Irena también estaba en el hotel durante el bombardeo. También sobrevivió, como yo. Más tarde empezamos a buscar a mi cuñado que se perdió por algún lado y así se nos pasó todo el día.

En aquel momento el pueblo empezó a arder. Perdí mi moto, todos los documentos, dinero y fotos. No me quedó literalmente nada. Cualquiera podía pegarme un tiro por falta de documentos de identidad: polacos, alemanes, rusos. En los primeros días de la guerra me quedé sin nada. Pero aun así quería llegar a Grodno.

EL SEGUNDO BOMBARDEO

Los trenes todavía funcionaban con normalidad, así que subimos a uno de ellos para continuar el viaje a Grodno. En la madrugada, después de pasar la noche en el tren, por seguridad nos bajamos en una estación pequeñita antes de Białystok, pues comencé a sospechar que continuar el viaje podría ser peligroso.

Todavía estábamos lejos de Grodno. Cuando nos alejábamos de la estación, de repente aparecieron unos aviones alemanes y el tren, en el que estábamos sentados apenas hacía cinco minutos, fue completamente bombardeado. Eran seis o siete vagones, un tren pequeño, pero todos los que estaban dentro murieron. Nosotros vimos solo el fuego y las columnas de humo elevándose por el aire.

De allí llegamos a Białystok, probablemente a pie, ya no recuerdo. En aquella ciudad tuvimos suerte porque la hermana

de mi cuñado estaba casada con el alcalde y nos recibieron en su casa. Eran departamentos elegantes y muy bonitos. Cuando al cabo de unos días llegaron los rusos a la ciudad, les quitaron todas sus pertenencias y apresaron al alcalde.

Yo aún quería llegar a Grodno para alistarme en el regimiento. La ruta de los trenes era la siguiente: Białystok-Grodno-Vilna. Ya era la segunda mitad de septiembre de 1939. Cuando los rusos entraron a Polonia, escapé de Białystok y viajé en tren, no a Grodno, sino a Vilna, donde me quedé un par de meses. Mientras tanto Irena volvió a Varsovia para traer a nuestra hermana y nuestro padre, pero él no quería abandonar la casa y mi hermana no podía viajar porque tenía un hijo pequeño. Se quedaron en Varsovia y seguramente los mataron durante la guerra.

PRIMERA PARADA: VILNA

Estuve esperando a Irena y Jerzy en la frontera... Incluso recuerdo bien que envié un mensajero para que les ayudara a cruzarla, puesto que era bastante complicado. De un lado la custodiaban los alemanes y del otro, los rusos. Los esperé en una casa en el pueblo, donde me recibió una familia campesina. Tenía los pies congelados y casi no podía moverlos. No los sentía, estaban muertos. Aquella mujer del pueblo me curó, frotando mis pies con nieve. Eso me salvó, de lo contrario tendrían que habérmelos amputado. Cuando mi hermana y mi cuñado por fin lograron cruzar la frontera, viajamos juntos a Vilna. Ahí empecé a pensar hacia donde podríamos escapar.

En Vilna había un consulado japonés. Un día conocimos al cónsul, quien daba a cada polaco que la solicitara, visa a Japón. Japón estaba en conflicto con Rusia, y como Polonia también era enemigo de Rusia, los japoneses nos otorgaban visas sin ningún

problema. Obtuvimos tres visas: una para mí, una para mi hermana y una para mi cuñado. Viajamos en tren a Vladivostok. El viaje duró una semana. Cuando atravesábamos Siberia, estaba ya tan cansado, que decidí bajar un rato en una de las estaciones para estirar las piernas. Cuando bajé, vi a unas mujeres rusas envueltas en pieles de carnero y pañuelos que cubrían casi por completo sus rostros. Por los agujeros del tejido se veían solo sus ojos pequeñitos. Me acuerdo que hacían unos 40 grados Celsius bajo cero. Aquellas mujeres estaban allí para quebrar el hielo que cubría las vías y las ruedas de los trenes y ponerles aceite. Todo estaba totalmente congelado.

SEGUNDA PARADA: JAPÓN

Al cabo de una semana llegamos a Vladivostok donde nos subimos a un buque que transportaba vacas y carne a Japón. Después de una semana de viaje, durante la cual dormíamos sobre la paja utilizada para acomodar a las vacas, llegamos a Kobe en Japón. Allí pasamos un par de semanas. Al principio no podía comer nada porque los japoneses consumían exclusivamente lo que se movía... como ranas o cucarachas... así que solo tomaba café o té y comía pan crujiente hecho de maíz.

En Japón nos recibió una comunidad judía y nos ofreció una habitación en una de sus casas. Al segundo día salí para dar un paseo por la zona, pero me perdí y no recordaba la dirección de nuestro alojamiento. En la esquina había una garita policial, así que me acerqué a un policía y le pregunté en alemán como podía volver a casa. Al preguntarme donde vivía, le respondí que no recordaba la dirección. Le dije que había salido a dar un paseo y me había perdido. El policía sacó un librito y preguntó en qué buque había llegado. Después ojeó el librito, preguntó por mi nombre y apellido,

volvió a ojearlo y al final encontró mi dirección. ¡Imagínense que la policía japonesa sabía en qué buque había llegado y donde vivía!

Mi cuñado jugaba bridge, gracias a lo cual se granjeaba la simpatía de la gente en cualquier parte del mundo donde estuviera. Un día, el compañero de juego de turno de Jerzy, era el cónsul chileno en Japón. Él nos convenció para que viniéramos a Chile. Nos extendió tres visas para Chile, pero sin saber por qué, el gobierno chileno no las legalizó, y por lo tanto, no eran válidas. El cónsul nos lo advirtió. Además, durante el primer bombardeo en Ostrów Mazowiecki perdí todos mis documentos. No tenía pasaporte ni documento alguno de identidad, por consiguiente, tanto más, la visa estampada en el pasaporte temporal tampoco podía ser aceptada en la Oficina de Inmigración.

SIN PAPELES LEGALES

Mi hermana y mi cuñado tenían suficiente dinero para pagar el pasaje a Chile. Yo me quedé sin un centavo, por lo tanto, le escribí a una prima casada con un austriaco representante de una empresa alemana muy importante en Varsovia. Les pedí que me enviaran dinero para el pasaje. Al poco tiempo recibí la respuesta junto con el dinero.

El buque se llamaba “Rakuya Maru”. Era un buque grande, turístico, en el cual la mayoría de los viajeros eran japoneses. Pero también había una pareja rusa y un mexicano que más tarde me engañó. Cuando abordé, tenía solamente cinco dólares, pero perdí incluso esa pequeña cantidad porque se los presté al muchacho mexicano. Me prometió que en cuanto llegáramos a puerto en México, me los devolvería. No obstante, cuando llegamos allí el tipo desapareció y no lo vi nunca más. Sencillamente me dejé estafar.

El buque se detuvo también en Panamá donde intentamos bajar. El capitán japonés nos dio unos sobres con un permiso para bajar, pero la policía de Panamá no nos dejó entrar al país. El capitán era muy amable y nos ayudó mucho. Entendía nuestra situación y sabía por lo que habíamos pasado...

Finalmente llegamos al puerto en la ciudad de Arica situada en el norte de Chile. Allí tampoco querían dejarnos bajar, pero nuestro capitán japonés invitó a los funcionarios chilenos a tomar unas copas, y después, cuando ya estaban un poco tomados, les “ayudó” a poner el sello en nuestros documentos. Mientras tanto nos indicó con una mirada cómplice que nos bajáramos y saliéramos del puerto lo más rápido posible. Al día siguiente llegamos en el mismo barco a Valparaíso, donde nos esperaba el hermano del cónsul chileno que habíamos conocido en Japón quien prometió ayudarnos en los primeros días, puesto que no sabíamos hablar español.

Cuando llegamos a Santiago tuvimos que presentarnos a la policía con aquellas visas inválidas. Nos atendió una joven policía chilena a quien al parecer le gusté. Miró a mi cuñado, vio que estaba casado y le dijo:

— *Señor, ¿su visa no es válida!*

Entonces le mostré la mía y me respondió:

— *Su visa está en orden.*

Mi cuñado se enojó:

— *Pero ¿cómo es posible? ¿Si tenemos las mismas visas! ¿Por qué la mía no es válida y la del hermano de mi esposa sí?*

La mujer solo sonrió y dijo:

— *¿Porque usted ya está casado, y el Señor Kaczor es tan guapo, joven y aún soltero!*

EL TERCER BOMBARDEO

Pasaron unos días desde el momento en que habíamos llegado a Chile, cuando escuché, que el buque “Rakuya Maru” en el que habíamos viajado, en su viaje de regreso a Japón, fue bombardeado por los norteamericanos. Fue una noticia muy triste para mí.

Bastante rápido encontré un empleo en Santiago, ya en Polonia había tenido una empresa importadora, entonces, renové las relaciones con compañías internacionales y unos meses más tarde compré mi primer auto. Empecé a exportar productos, un negocio que resultó muy bien. Mi empresa era muy conocida aquí. Por la cantidad de trabajo no tenía tiempo para la vida social. A veces trabajaba veinte horas diarias.

En 1944 quise volver a Polonia para luchar contra los alemanes. Escribí una carta al cónsul Mazurkiewicz, en la cual expresé mi voluntad de volver a Polonia. Léalo, por favor:

*Santiago, 11 de abril, 1944
S.E., Ministro Señor Mazurkiewicz
Hotel Carrera - Santiago*

Su Excelencia, Señor Mazurkiewicz,

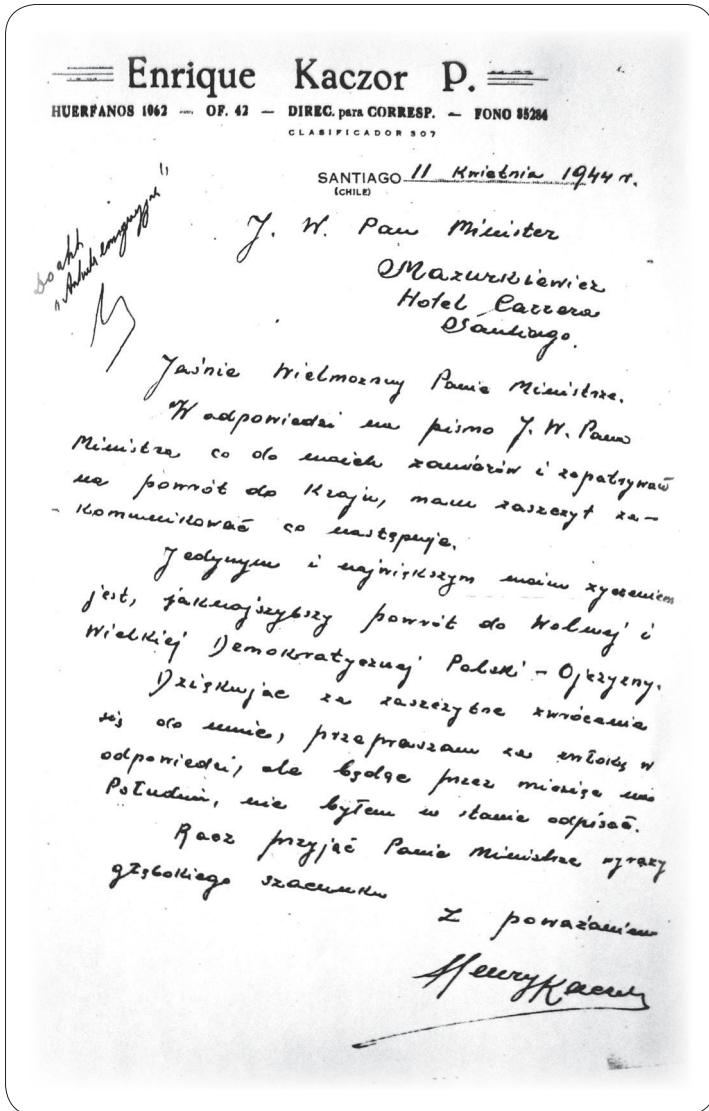
Como respuesta a su escrito sobre mis propósitos y planes de volver a Polonia, tengo el honor de comunicarle lo que sigue.

El único y mayor deseo que tengo es volver lo más pronto posible a una Polonia Libre y Democrática - mi Patria.

Agradeciendo el honor de comunicarse conmigo, perdóneme, por favor, la demora de mi respuesta, pero debido a mi estadía en el sur no fui capaz de responder.

*Atentamente,
Henryk Kaczor*

Quería inscribirme en el Ejército para participar en la guerra. Quería luchar contra los alemanes. Al principio recibí un permiso para volar a Europa, pero pasados tres días llegó otro telegrama en el que me notificaban que no valía la pena enviar más gente a la guerra, ya que los costos del vuelo eran altos y en Europa había suficiente cantidad de soldados. Por lo tanto me quedé en Chile. Nunca volví a Polonia, aunque me gustaría mucho. Si la salud me lo permite, un día iré allí. Me gustaría visitar la tumba de mi madre y enterarme de lo que pasó con mi padre y mi hermana. Seguramente los mataron durante la guerra...



Carta de Henryk Kaczor al ministro Mazurkiewicz, Santiago 1944.



Fotografía de la colección privada de Henryk Kaczor.



EWA ODACHOWSKA

Nació el 1 de agosto de 1914 en Niedźwiadka. Hija de Kazimierz Odachowski y Hanna Pohl. Vive en Chile desde 1949. Médico ginecólogo de los hospitales José Joaquín Aguirre y San Juan de Dios. Madre de Piotr Paleczek (1950).



EWA ODACHOWSKA

Un portón verde separa un ruidoso barrio santiaguino del apacible jardín lleno de flores de Ewa Odachowska. En el fondo se encuentra la casa cubierta de hiedra que, en la penumbra esconde una impresionante biblioteca de libros polacos de tiempos inmemoriales. En este jardín durante muchos años tenían lugar “los encuentros bajo el castaño”, conocidos por todos los polacos. Aquí se siente una atmósfera distinta, como en un centro vacacional en Polonia, donde el tiempo pasa más lento. Sentados a la mesa comemos pastel y tomamos café en unas tazas parecidas a las de Pan Tadeusz², mientras que nuestra conversación es acompañada por el canto primaveral de los pájaros³.

Nací en el año 1914 en Niedźwiadka en lo que fue la finca de la familia Domeyko. Allí nació también Ignacio Domeyko. Aún siendo niña me fui a Nowopole, en donde pasé la mayor parte de mi juventud.

No conocí a mi padre, Kazimierz Odachowski, quien murió cuando yo era muy pequeña. Mi madre siempre estuvo sola, nunca se casó de nuevo aunque enviudó siendo muy joven. Era agradable, hermosa e incluso, digamos, algo pudiente, ya que tenía la finca en Nowopole. Regresó allí cuando se habían ido los bolcheviques y ella sola levantó la propiedad de la miseria. Trabajó en el condado

² *Pan Tadeusz (Don Tadeo)* es un poema épico del autor polaco Adam Mickiewicz y considerado el poema épico nacional de Polonia.

³ El presente texto fue elaborado en base a conversaciones y memorias de Ewa Odachowska, publicadas en el libro de E. Odachowska, *Recuerden lo que les decía*, Editorial Asociación Wspólnota Polska, Warszawa 2003.

como contadora y gracias al dinero que ganaba, consiguió poner en orden nuestro Nowopole. Todo estaba destruido y, como la tierra no era fértil, todo lo que ganaba lo destinaba a la renovación de la finca.

Más tarde vivimos en Varsovia. Mi enseñanza escolar empezó en la escuela femenina dirigida por la condesa Cecylia Plater-Zyberkówna.

Me acuerdo que un día, después del examen final de bachillerato, paseaba por la Avenida Ujazdów y vi el anuncio “Escuela de Planeadores”, perteneciente a la Liga de la Defensa Aérea y Antigases. Aunque tenía planeado sacar la matrícula de navegación marina, cuando vi que se podía hacer un curso de planeadores pensé ¿por qué no tomarlo? Así que, por si acaso, me inscribí. Me aficioné totalmente a los planeadores. El director era el señor Rózański, enemigo de las mujeres, a quien logré evitar por milagro. Él no quería, por nada, admitir mujeres en los vuelos. De todas formas conseguí entrar al grupo —participaba en todo, saltaba en paracaídas...—. En poco tiempo llegué a la categoría “C” en planeadores, lo que significaba solo un paso a la categoría “D”, es decir, a poder pilotar vuelos profesionales. Fui la única mujer en la compañía.

Mi madre no me había permitido inscribirme en el curso, pero a decir verdad yo no le pedí permiso. Ya había rendido el examen de bachillerato. No me acuerdo si había cumplido los veintiún años. En ese entonces ya me mandaba sola. Mi madre solo me mandó un telegrama que decía: *Te inscribirás en el curso de planeadores sobre mi cadáver.*

Antes de la guerra trabajaba en la oficina a cargo de la emigración de agricultores hacia América Latina. Después, estalló la guerra y terminó mi juventud.

El 1 de septiembre de 1939, mi jefe me llamó a su despacho y en tono confidencial me comunicó que tenía plena confianza en mí, así que me iba a trasladar, junto con mi máquina de escribir, al edificio del Ministerio de Gobierno responsable de encargos especiales, los que no podía revelar a nadie bajo juramento de fidelidad a la patria. Todas las disposiciones las tenía que memorizar o eventualmente anotar las imprescindibles en clave que solo yo pudiera entender, puesto que el enemigo acecha y escucha.

Un atardecer me presenté en un sitio de alistamiento de patrullas para asistencia médica para civiles [...] Nuestro primer punto de asistencia fue la pequeña escuela que se hallaba detrás del Cementerio Powązki... Los rumores sobre gente quemada con gas mostaza... las caminatas por el cementerio que acortaban el camino... las tumbas reabiertas por las bombas... El primer choque al ver los restos humanos en distinto estado de descomposición, arrancados de su “descanso eterno” [...] Ataques aéreos, miedo de otro bombardeo... y nosotras acurrucadas a medias en alguna tumba medio destruida [...] Teníamos la impresión que los muertos estaban a nuestro alrededor [...] llenando nuestros corazones de madurez y reflexiones incomprensibles para estas jóvenes quienes hasta ayer eran traviesas y risueñas.

Después de unos días, la patrulla en la que trabajaba fue incorporada al regimiento de infantería número 360, reorganizado con las unidades que se retiraban desde Poznań.

En la ciudad destruida no se salvó prácticamente ningún vidrio en las ventanas. Llegó el invierno temprano y severo. Un grupo pequeño de amigos (una compañera del colegio con su esposo periodista, un funcionario del banco y alguien más de la llamada “élite intelectual”), nos lanzamos al negocio vidriero [...] Nos instalamos cerca de nuestra casa en la calle Nowy Świat, en las

ruinas donde aún quedaban tres paredes y un techo, indispensables para protegernos al menos del viento y la nieve [...] Aprendimos, aun con las manos heladas, a cortar y reinstalar los vidrios más pequeños.

Luego de la capitulación de Varsovia en septiembre, ingresé a las filas de la resistencia clandestina. Como muchas mujeres, trabajé como enlace, llevaba órdenes orales, diarios, en ocasiones un revólver o municiones.

Tenía que coordinar ocho horas de trabajo (desde las 7:00 hrs. hasta las 15:00 hrs.), obligatorias para la clase obrera, con cuatro horas de conferencias, ya que en 1940 se organizó la universidad clandestina. Empecé mis estudios de Medicina bajo la fachada de la Escuela de Masajes del Señor Zaorski. Ya antes que comenzara la guerra, había estado inscrita y aceptada en la universidad y en el otoño de 1939 debía haber empezado el primer año de Medicina. Pero la guerra frustró todos mis planes. No obstante, tengo que admitir que el nivel de enseñanza en la universidad clandestina era excelente. Los estudios de Medicina, que empecé en Varsovia durante la ocupación, los terminé después de la guerra en “Paderewski Hospital” en Edinburgo.

¿CUÁLES SON MIS RECUERDOS DEL LEVANTAMIENTO DE VARSOVIA?

Vinieron los vecinos del piso superior, estamos sentados escuchando los sonidos del combate. Van pasando las horas, pero a nosotros nos parece solo un instante. Empieza a oscurecer. De repente de la calle, entre los disparos y explosiones de granadas, se escucha un canto sordo, sin embargo, lleno de fuerza:

— *¡Eh polacos, a las bayonetas!*

— *¡Que viva la libertad! ¡Que viva Polonia!*

Levantamiento... ¡Nuevamente un levantamiento! Ya no es una lección de historia, sino, nuestra propia realidad. Nuevamente los más valientes y los mejores tomaron las armas... Sí, a nuestros disparos aislados, los alemanes responden con fuego de artillería pesada [...] Escuchamos con atención los comunicados de nuestro Cuartel General transmitidos por la radio. Intentamos convencernos de que solo nosotros tenemos una situación difícil —seguro que en otros distritos estamos triunfando—. Además, dentro de poco, llegarán las tropas soviéticas.

Después del Levantamiento de Varsovia, a mí y a mi marido Marek nos transportaron a un campo de trabajo forzado en Alemania. Estábamos muy cerca de Suiza. Casi todos los días iba a mirar el Río Rhin, que era la frontera entre el campo de trabajo forzado y la libertad. Si solo lográbamos cruzar el río, seríamos libres. Marek no sabía nadar y la frontera, a orillas del Rhin era vigilada por guardias alemanes. Sin embargo, en ningún momento dejé de soñar con esa posibilidad. Una noche nos armamos de valor y con un neumático de bicicleta inflado, que nos serviría de flotador, nos sumergimos en la rápida corriente del agua. Con mi marido en la espalda, logré cruzar hasta la mitad del río, cuando los guardias alemanes empezaron a gritar y disparar en nuestra dirección. En la otra orilla del río vimos a los suizos. La corriente era tan fuerte que por un momento pensé que no lograríamos llegar a la otra orilla. No obstante, lo conseguimos. Agotados pero vivos, estábamos en Suiza. De ahí nos fuimos a Inglaterra, donde terminé mis estudios de Medicina.

Desde 1948 vivo en Santiago de Chile, donde durante muchos años trabajé como médico ginecólogo en el Hospital San Juan de Dios.

FRAGMENTOS DE CONVERSACIONES ENTRE EWA ODACHOWSKA
Y RAUL MAŁACHOWSKI

Raul: Ewa, pero nuestros famosos “encuentros bajo el castaño” no tenían lugar bajo el castaño. El castaño está al fondo del jardín. Nosotros nos sentábamos aquí, a esta mesa, bajo el nogal. Sin embargo, sonaba mejor “encuentros bajo el castaño” y por eso terminó así. Aún recuerdo esa larga mesa hecha de tablones. El lugar de encuentro de todos los polacos, siempre en casa de Ewa. Ewa, ¿te acuerdas que aún hace solo dos años, te subías a la mesa y brindabas con los polacos nuevos que llegaban?

Ewa: Sí, pero solamente con aquellos que eran jóvenes y agradables.

Raul: Todas las reuniones polacas fueron apolíticas. Había personas que me caían mal, pero me reunía con ellos en casa de Ewa para beber. Como con Kowalski por ejemplo...

Ewa: Pero él viajó fuera ¿verdad?

Raul: Sí, al otro mundo.

Ewa: Pues bien radicalmente.

Raul: De nuestro grupo ya casi no queda nadie. Solamente está Kurasz, Jannasz y algunas personas más. Ewa, ¿recuerdas como en una ocasión cruzaste el Rhin, mientras los alemanes te disparaban?

Ewa: Bueno pues, ahora estoy mucho más tranquila.

Raul: Ewa ¿llegaste acá en barco? ¿Cuándo fue eso?

Ewa: Eso fue hace tanto tiempo que ni las personas más viejas lo recuerdan. ¿Cuándo llegué acá? ¿De dónde? Desde Escocia,

donde estudiaba Medicina. Pero en Chile tenía familia, la madre de mi padre era de apellido Domeyko. Aquí en Santiago vivía Anita Domeyko, nieta de Ignacio Domeyko. La conocí aquí en Chile, y nos hicimos amigas. Me acuerdo que Anita nos invitó a su casa en calle Cueto, donde había vivido Ignacio Domeyko. Nos pidió que nos pusiéramos cómodos, como si estuviéramos en nuestra propia casa, mientras ella se fue con sus hijos a la playa. Al cabo de unos días, la sirvienta nos advirtió que podría producirse un temblor. Marek y yo, asustados, empezamos a bajar desde el desván las maletas, envolver en diarios las pinturas valiosas y la cristalería, y empacarlo todo en las maletas para que no se estropearan durante el temblor. Exactamente en aquel momento entró a la casa el hermano de Anita y nos sorprendió en estas extrañas circunstancias. Nos sentimos un poco confundidos, sorprendidos envolviendo objetos de valor en las maletas... ¿Qué habrá pensado de nosotros en aquel momento?

Raul: ¿Y te acuerdas que Anita Domeyko el día de su cumpleaños número 99 se ofendió, cuando le cantamos aquella canción polaca que dice: *¡que vivas 100 años!*? ¡Ella vivió hasta los 105! Pero volviendo a tu llegada a Chile... Recuerdo lo duro que trabajaste en los comienzos, como bibliotecaria en un hospital psiquiátrico... Además, los estudios, tu bebé y la revalidación del diploma de Medicina... ¿Fue difícil para ti?

Ewa: Oh, Raul, ¡devuélveme esos años y te los trabajaré doblemente más duro! Nunca me sentí mal aquí. Recuerdo que en un comienzo viví con el matrimonio Przyczólkowski. Después llegó a Chile también mi mamá. Vivió aquí unos buenos años, todos los polacos se encariñaron con ella y le decían "Abuelita". Participaba activamente en la vida social polaca, era alegre, conversadora y sociable. A todos les agradaba. Yo, al principio, era amiga de los Petlaro, me invitaban a jugar bridge, pero a decir verdad, yo no jugaba muy bien.

Raul: Sin embargo jugabas.

Ewa: Sí, jugaba pero solo cuando les faltaba un cuarto jugador.

Raul: No hace mucho encontré un artículo sobre ti en *El Mercurio*.

(Ewa se estremece). No te preocupes, es un artículo que trata acerca de tu pasado.

Ewa: Aaah... Cuando era joven y esbelta. Está bien, porque ahora sería triste escribir algo.

JERZY JANNASZ

Nació el 2 de abril de 1915 en Moscú. Hijo de Bolesław Jannasz (1885-1924) y Wiktoria Stefania Bartycka (1895-1970). En 1927 viajó con su madre y con su padrastro en el buque “Orbita” de Francia a Perú, desde donde, en 1939, llegó a Chile. Se casó cuatro veces (Elisa Aliaga, Katharine Rowley, Alicia Runco, Ruth Prieto). Es padre de cuatro hijos: Jorge Teodoro (1941), Luis Alberto (1942), Maria Alicia (1953) y Raymundo (1955).



JERZY JANNASZ

Santiago de Chile, departamento de Jerzy Jannasz. Sobre la mesa hay libros de historia polaca. En la pared hay enmarcadas, varias condecoraciones y medallas, entre ellas el distintivo de la Fuerza Aérea Británica. También fotos de su familia y una pequeña imagen de la Virgen Negra de Częstochowa. Don Jerzy nos muestra su departamento. Indica el salón: "Aquí usted siempre es bienvenida". Nos conocemos apenas unos minutos, pero la hospitalidad polaca es así.

—¿Quiere un poquito de vodka? Lo traje de Polonia. ¿Pepinos en vinagre? También tengo, los compré en una tienda cercana. *Nos sentamos a la mesa y empezamos a comer pepinos. El señor Jerzy trae algunos documentos antiguos, pasaportes y certificados de nacimiento. La mesa se llena de papeles amarillentos de antes de la guerra, de documentos de identificación peruanos y de visas chilenas...*

NACÍ EN MOSCÚ...

Nací en Moscú en el año 1915. Algunos de mis documentos indican que nací en 1916, otros, en 1917, pero creo que eso es irrelevante. Nací en Moscú, ya que mi madre que era de Varsovia, donde vivía en la calle Nowowiejska 9, viajó en tren a visitar a mi padre, a quien habían deportado a Siberia. En el camino nací yo. Nos quedamos en casa de un ruso y cuando estalló la revolución, volví con mi madre a Varsovia. Mi padre siguió como prisionero y al volver a Polonia se suicidó. Se ahorcó en Łódź en 1924. Nunca lo conocí. En Varsovia vivíamos en casa de mi abuelo, cerca de la Plaza Teatral. Mi abuelo era un hombre muy adinerado, dueño de la cafetería "Zakopianka" que se encontraba al lado del Jardín

Saski. Comencé a ir al colegio. En aquel tiempo mi madre se comprometió con Teodor Kuczyński, quien obtuvo un contrato de trabajo en Perú como ingeniero agrónomo.

VIAJAMOS A PERÚ...

Viajamos de Polonia a Perú en 1924, cuando tenía nueve años. Primero viajamos en tren de Varsovia a Francia. En Francia subimos al buque “Orbita” y navegando por el Canal de Panamá llegamos a Perú. Me acuerdo que el viaje fue muy largo y que paramos en varios puertos. Los vendedores locales se acercaban en sus pequeños botes ofreciendo diferentes productos a los viajeros. Si alguien quería comprar algo había que tirar una cuerda hacia abajo para hacer el intercambio. Nuestra primera parada fue en Panamá. Como mi padraastro fue contratado por el gobierno peruano y no viajábamos como inmigrantes, disfrutábamos de muchos privilegios: grandes y confortables camarotes, muy buena comida... A decir verdad no nos faltaba nada. Cuando llegamos a Lima, fuimos al hotel que nos habían asignado y allí aprendí mi primera palabra en español: “pájaro”, que en polaco se dice *ptak*. Pero yo la aprendí de forma incorrecta: “pajairo”. Así se me quedó hasta hoy en día y a veces añadido a una palabra la letra “i”, aunque no debiera.

En Lima por primera vez en mi vida vi montañas. Con mi padraastro fuimos a dar un paseo y vimos una loma.

— *¿Subimos Jurek?*

— *¡Vamos!*

Caminamos un rato, pero la “loma” resultó ser una montaña grande y tan alta que, desilusionados, volvimos al centro de Lima. Yo nunca antes había visto montañas.

—Después, mi padrastro trajo a Perú a toda la familia: a sus padres y a los hermanos y padres de mi madre. Nunca recibimos la nacionalidad peruana. Teníamos solamente la polaca. En Perú vivimos en diferentes ciudades y localidades: en Lima, Chanchamayo, Cachicadán, Otuzco, Agallapa, Huamachuco, Trujillo. Allí empecé la escuela, pero ya en el año 1930 tuvimos que irnos de Perú porque estalló la revolución encabezada por Luis Miguel Sánchez Cerro. Organizó un golpe de Estado derrocando al Presidente Augusto B. Leguía. Después le explicaron a mi padrastro que no era bienvenido en Perú porque había sido contratado por el gobierno del presidente derrocado.

LLEGAMOS A CHILE...

Nos fuimos a Chile. Para mí fue como llegar a París después de haber estado en una selva. Mientras en Perú las sirvientas dormían en el suelo, al lado de la puerta del dormitorio de mi madre (ni siquiera entraban a su habitación) en Chile el trato era más similar al de Europa. Además había artículos básicos, tales como fiambres y mantequilla, ¡como en Europa!

Desde Trujillo viajamos en un barco con mi mamá y mis dos hermanastras a Chile. Mi padrastro se quedó un mes más en Perú y después se juntó con nosotros. Luego, recibió un trabajo en Santiago y nos mudamos de Valparaíso a la capital.

Cuando tenía diecinueve años decidí visitar a mis tíos que se habían quedado en Perú, dueños de la Hacienda San Antonio, una plantación de paltos y cafetales. Viajé en barco a Perú sin pagar nada porque me escondí en uno de los botes salvavidas. Cuando llegué al Puerto de Callao y pisé tierra, pensé: *ahora solo tengo que encontrar a mis tíos.*

Y los encontré. Pasé con ellos un año. En el intertanto uno de mis tíos estaba pasando por algunos dilemas amorosos. En consecuencia decidió suicidarse con un tiro de revólver directo al corazón. Sin embargo, erró el tiro y no le resultó quitarse la vida. Más tarde tuve la intención de ir a los Estados Unidos, así que otra vez subí a un buque sin nada de dinero... Pero esta vez no me resultó tan fácil: me descubrieron en Panamá y me obligaron a desembarcar. Pasé cuatro días en la cárcel junto a un criminal. Años mozos... Pensaba llegar a los Estados Unidos y ganar una fortuna. De Panamá me enviaron a Chile, me subieron a un barco y así terminó mi aventura. En aquellos tiempos antiguos uno viajaba como podía...

FUI A LA GUERRA COMO VOLUNTARIO...

Desde entonces viví en Chile. Al terminar la educación secundaria estudié un año y medio en una universidad, en la facultad de Ingeniería Mecánica. Era piloto civil amateur, volaba aviones pequeños. Mi padrastro me convenció que fuese como voluntario a la guerra, que Polonia lo necesitaba. Un día me preguntó:

— *Jurek, ¿por qué no vas a la guerra?*

— *Voy.*

Me puse los pantalones y fui. En aquel momento renació mi alma polaca. Acudí a la embajada inglesa y me inscribí. Era el año 1943. Como era voluntario me recibieron muy bien en el Ejército inglés. ¿Por qué no regresé a Polonia una vez terminada la guerra? Porque no se cumplió aquello por lo que había luchado. Polonia fue ocupada por Rusia.

Los estudios los terminé en Inglaterra, porque la Reina otorgó una autorización a todos los que estábamos en la Real Fuerza Aérea,

para completar nuestros estudios ahí. Tomé un curso intensivo, completé en medio año los cinco años de carrera.

Fui desmovilizado en Portsmouth, cerca de Londres. Allí subí a un buque, en el cual viajé a Buenos Aires. El buque era para los voluntarios de América Latina, en su mayoría argentinos. Yo era el único de Chile. En Argentina tomé un tren hacia Santiago. Era el año 1946 o 1947. Aunque usaba uniforme inglés y polaco, siempre tenía escrito *POLACO*. Cuando regresé a Chile no sabía qué hacer. Entonces, ya estaba casado con mi primera esposa. Tenía la mente en blanco.

Recuerdo una historia... Cuando llegamos con mis padres a Chile, vivimos en Santiago en la calle José Manuel Infante. Nuestros vecinos eran un matrimonio alemán, muy simpático. Me hice amigo de su hijo Hans, de mi misma edad. Muchas veces jugábamos juntos a la pelota. Cuando nos enteramos que en Europa había estallado la Segunda Guerra Mundial, mi padrastro dejó de hablar con el vecino, mientras que nosotros dejamos de jugar a la pelota y empezamos a tirarnos piedras. Después ambos fuimos a la guerra, yo para luchar por Polonia y él por la Alemania Nazi. Cuando Alemania se rindió, yo estaba en Inglaterra. Un día, mientras tomaba cerveza en un bar, vi a un grupo de alemanes prisioneros de guerra. Iban juntos, vigilados por un guardia. En este grupo vi a mi vecino. —¡Hans!— grité con alegría y me acerqué al guardia pidiendo permiso para hablar un rato con el prisionero. Nos sentamos en un banco y no sabíamos qué decir. Después de un rato Hans empezó: —*Sabes, me equivoqué de bando...* Le dejé mi reloj, por si acaso. Escuché que después él también regresó a Chile y probablemente vivió en el sur.

TRABAJÉ EN UNA EMPRESA ESTADOUNIDENSE Y ME PAGABAN
EN DÓLARES...

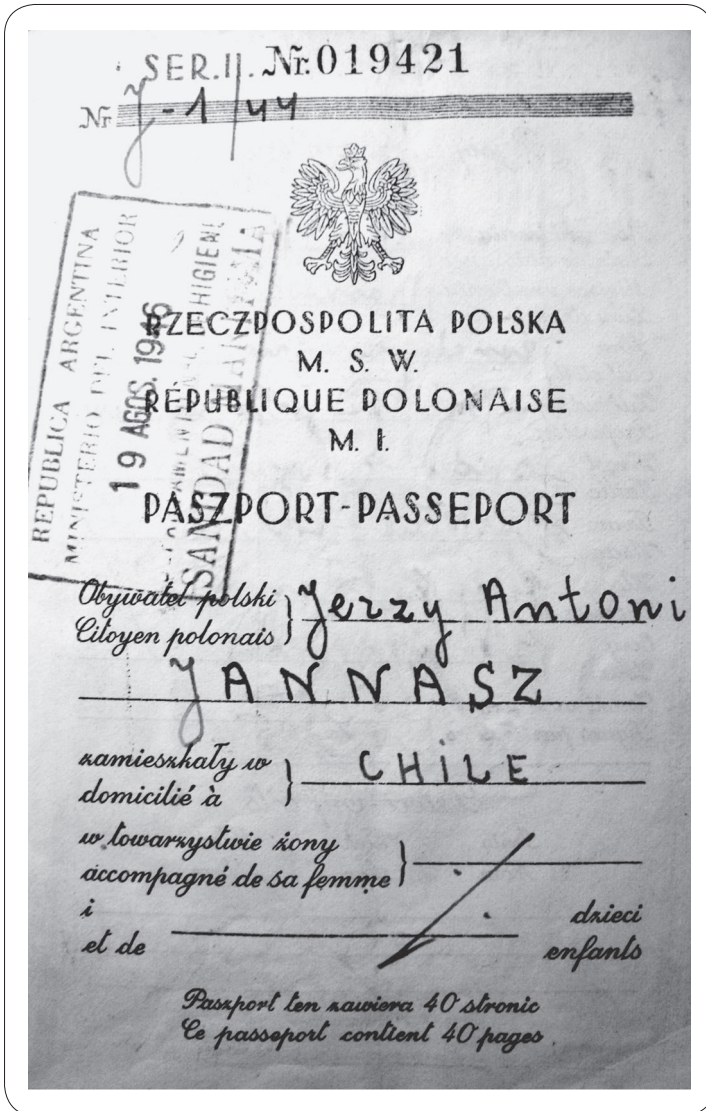
Cuando volví de la guerra empecé a trabajar en aviación. Luego, durante casi treinta años trabajé en una empresa estadounidense de cobre, “Anaconda”, en la cual logré ascender a una posición importante. Un día mi empresa propuso a Bob Bobrowicz⁴ que produjera una publicidad. Cuando él fue al norte de Chile —donde se encontraban nuestras minas— yo, como polaco, lo recibí y acompañé en las excursiones para que pudiera sacar fotos para la campaña publicitaria. Íbamos siempre donde él quería. Tengo una foto de Bob... ahora mismo la buscaré. Me acuerdo, cuando me dijo:

— *Jurek, sácame una foto aquí, después yo te saco una igual. Cuando volvamos a Santiago vamos a decir a todos que estuvimos en la luna.*

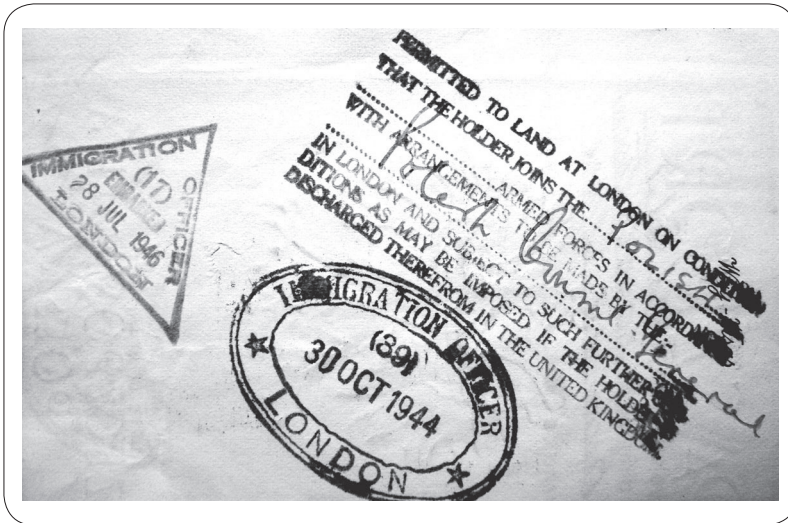
Eso fue en el Desierto de Atacama, en el Valle de la Luna. El paisaje allí es de verdad impresionante...

Cuando trabajaba en “Anaconda” me pagaban en dólares. Gracias a eso mi hija terminó su educación en los Estados Unidos, donde vive ahora. Uno de mis hijos es geólogo, hizo un doctorado en Harvard. Desde hace 79 años vivo en Chile. Me siento un 49 por ciento chileno y un 51 por ciento polaco. Llegué cuando todavía no había polacos en Chile. Antes mi casa era llamada “Pequeña Embajada” porque cada polaco que llegaba a Santiago siempre era bienvenido aquí.

⁴ Boguslaw “Bob” Bobrowicz (1922-2009), un reconocido fotógrafo polaco que vivió en Chile.



Pasaporte de Jerzy Jannasz.



Una de las páginas del pasaporte de Jerzy Jannasz.

RAUL MAŁACHOWSKI

Raul Nałęcz-Małachowski nació el 1 de enero de 1916 en Helsinki. Hijo del general Stanisław Nałęcz-Małachowski (1882-1971) y de Anna Lisa Rydberg Pettersen (1892-1944), asesinada por la Gestapo. Exprisionero del campo de concentración de Gusen. Llegó a Chile en 1950 en la nave “Américo Vespucio”.



RAUL MAŁACHOWSKI

En sus ya cansados ojos, se esconde la mirada aguda de un joven que aún tiene toda la vida por delante y un montón de cosas por realizar.

En su espalda encorvada —una columna vertebral de rígida moral.

En su paso tambaleante, una postura inquebrantable y la disposición de un joven soldado, alerta y preparado para actuar en cualquier circunstancia y oportunidad.

Sus manos arrugadas todavía tienen innumerables cuadros por pintar.

Raul Małachowski es un hombre de espíritu joven, un personaje de preguerra, de aquellos, difícil de encontrar hoy en día.

Nací en Helsinki y allí fui bautizado en la Iglesia católica. Mi madre se llamaba Anna Lisa Rydberg Pettersen, nieta de Wiktor Rydberg, miembro de la Academia Sueca de Literatura e hija de un conocido escritor sueco-finlandés, redactor de la revista literaria *Lördagen*. Luego de su matrimonio con mi padre y mi nacimiento, nos trasladamos a Łódź, donde vivimos en el palacio de los Biedermann. En el año 1944 mi madre fue asesinada por la Gestapo.

Mi padre se llamaba Stanisław Nałęcz-Małachowski. Tenía grado de general, fue comandante del Cuerpo del Ejército del distrito IV de Łódź y defensor de la fortaleza Modlin. En 1952 llegó a Chile.

Łódź es la ciudad de mi infancia. Allí fui a varios colegios y aprobé el bachillerato. Una vez terminada mi educación secundaria, hice el servicio militar en el Centro de Formación de Caballería en Grudziądz. Terminado el servicio militar, mi madre me mandó

a Poznań a estudiar a la Universidad de Economía en dicha ciudad. Posteriormente durante el verano hice una práctica en el consulado de Hamburgo, como futuro estudiante de la Escuela de Diplomacia. Ahí aprendí bien el alemán, lo que me salvó la vida en muchas ocasiones durante la guerra. Cuando estalló la guerra, yo tenía veintitrés años.

En los primeros días de septiembre de 1939 nos fuimos con mi padre caminando a Varsovia, en donde el general Juliusz Rómmel lo designó como Comandante de la Defensa de la Fortaleza de Modlin, tarea que finalmente duró más tiempo que la defensa de la misma capital. En octubre logré volver a Łódź, donde empecé a trabajar en la Cruz Roja Polaca. Me arrestaron un par de veces. Una vez fui encarcelado en Sterling y otra en Radogoszcze. En 1943 me mandaron al campo de concentración de Gusen donde pasé un año y medio.

Ahora, después de tantos años, ya lo superé... incluso puedo pensar en ello un poco más tranquilo. Antes no podía. Durante varios años, estuve traumatado, especialmente en Italia. Allí estaba muy mal. Ni en Bélgica conseguía dormir tranquilo. Despertaba empapado de sudor al escuchar un auto pararse frente a mi casa. Pensaba que la Gestapo venía a buscarme. Eso duró varios años.

En Gusen siempre estuvimos muy confundidos. No sabíamos en qué día o mes nos encontrábamos. Solo podíamos identificar las estaciones del año. Cuando nevaba, sabíamos que estábamos en invierno... La nieve entraba a las barracas por las rendijas del techo. Para no pasar tanto frío nos poníamos uno sobre otro. El compañero servía de plumón, después de un rato nos turnábamos. De la única fecha que estábamos seguros era del día de Año Nuevo, debido a que todos los soldados alemanes andaban borrachos, cantando canciones festivas. Después perdíamos otra vez la noción del tiempo.

Una noche, a principios de mi estancia en el campo de concentración, desperté porque necesitaba ir al baño. Alrededor había oscuridad y no sabía muy bien donde estaban los baldes, así que pensé que sería mejor salir de la barraca. Al salir, inmediatamente tropecé con algo. Era una noche oscura... no se veía nada. Me percaté que empecé a subir por un montículo, aunque no recordaba ninguno frente a nuestra barraca. Sin embargo, seguí adelante con tenacidad, sosteniéndome con una mano a la pared exterior de la barraca. De pronto me resbalé y caí. Mi mano se hundió en una cosa algo húmeda y fría. Fue una sensación desagradable. Poco a poco mis ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad y entonces vi que no estaba subiendo por un montículo de tierra sino por uno compuesto por un montón de cadáveres. Mi mano se encontraba en la boca de un prisionero muerto. En aquel momento, la situación me impresionó de manera terrible, no obstante, con el paso del tiempo, me acostumbré por completo a este tipo de escenas.

En el campo de prisioneros nadie se presentaba con su nombre y apellido. Nos identificábamos por nuestros números. No había confianza. La gente tenía miedo. Uno no sabía si el otro era o no un soplón que te iba a delatar. Después podían matarte por familiarizarte demasiado con alguien o por decir demasiado. El único prisionero que me tuvo confianza y se presentó con su apellido fue un italiano, Parisi. Dormíamos en la misma litera. Era un hombre culto, me contaba mucho sobre la vida artística en Italia, sobre teatro, ópera y arquitectura. Me invitaba a espectáculos e íbamos juntos a conciertos. Yo también lo invitaba: a cazar en Polonia, al cine, a espectáculos con la famosa actriz y cantante polaca *Ćwiklińska*... Así pasábamos las noches. ¿Dónde tenían lugar los conciertos? En nuestra imaginación. Ello nos permitió sobrevivir.

En Gusen había también un abogado de Łódź que se llamaba Przybyszewski o algo así. Su tarea era vigilar el baño. Y el baño consistía solamente en una tabla larga con huecos que cubría un hoyo profundo. Era terrible. Pero él afirmaba obstinadamente que dicha tabla eran las sillas de una elegante cafetería de Łódź llamada “Esplanada”. Todos los días nos recibía ahí. Nos bajábamos los pantalones y nos sentábamos en la tabla para no levantar sospechas a los guardias alemanes, mientras el Przybyszewski nos servía un agua sucia en las latas de conservas, convenciéndonos de que esta era un delicioso café. Y así, lo pasábamos charlando, siempre y cuando era posible. No obstante, si uno estaba sentado ahí por mucho rato, a veces llegaban los alemanes y empujaban a las personas con furia para que cayeran al hoyo en el cual se podían ahogar. Todos los días mucha gente se ahogaba de esta forma.

La vida en el campo de concentración era monótona: continuos golpes y muertes, siempre lo mismo. La muerte era algo tan cotidiano que hasta comíamos sentados sobre los cadáveres y de alguna manera a nadie le molestaba. Nadie se conmovía. Nos imaginábamos que estábamos sentados en unos sillones. De comer nos daban cáscaras de papa hervidas en agua. Obviamente las papas eran para los alemanes, mientras que para nosotros solamente aquellas cáscaras sucias.

Cuando en el campo de concentración murió un peluquero de Łódź al que conocía, ¿crees que nos conmovimos con su muerte? ¡Pero si eso era algo tan normal! No quiero que se hable de esto, pero algunos colaboraron con la Gestapo, informándoles quién tenía dientes de oro. La Gestapo, después de matarlos, compartía el botín con los prisioneros que delataban a sus compañeros. Conocí a un hombre que colaboraba con la Gestapo... Cuando salimos en libertad en mayo de 1945, él tenía una bolsita llena de dientes de oro.

Sobrevivían aquellas personas que tenían suerte. Los que eran escritores en su unidad, esos que eran kapos⁵ o aquellos que lograban conseguir algún cargo. Era conveniente, por ejemplo, conseguir la función de escritor. Este llevaba un archivo de: quién murió, cuándo, quién llegó, cuántos mataron por la mañana, cuántos por la noche... Cada mañana venía la Gestapo y el escritor informaba:

— *En la sección hay mil personas.*

La información llegaba al oficial y después de un rato venía la orden:

— *Cuando vuelva, en dos horas más, ¡debe haber ochocientos!*

De esta forma el escritor sabía que había que liquidar a x cantidad de personas. Durante mis últimos meses en Gusen, yo estaba a cargo de este tipo de registros en el túnel. Trabajaba en la pequeña habitación de un kapo que estaba a cargo de todos los registros. Me acuerdo que allí hacía bastante calor y no mataban tanto a no ser que alguien cometiera una falta grave.

Los peores trabajos eran en las canteras en Mauthausen. Estuve ahí solamente un día y luego pasé a Gusen. Me acuerdo que teníamos que subir piedras pesadas desde el fondo. Arriba estaban los soldados alemanes que supervisaban el trabajo. Con frecuencia quitaban a los presos sus gorras de color blanco y azul, que llevaban todos, y tirándolas al fondo de la cantera decían: *¡Salta y ve por tu gorra!* Esto obviamente significaba solo una cosa, suicidio. Si no saltabas por tu gorra, te empujaban. Esa era otra forma de matar a la gente. En las canteras morían muchos.

⁵ Kapo: preso que desempeñaba el papel del vigilante de otros presos en los campos de concentración nazis.

Muchos presos morían juntos: se tomaban de las manos e iban directo al alambrado eléctrico. Había también mucha gente que denominamos *musulmanes*. Eran un tipo de presos muy particular: su estado mental estaba tan perturbado que en realidad parecía que no pensaban ni sentían nada, eran muertos en vida. Caminaban sin pensar hacia delante hasta que finalmente llegaban al alambrado. Aunque un soldado alemán le gritara “¡para!”, no se detenía, sino que seguía caminando y caminando hacia delante como un sonámbulo. Aunque alguien lo empujara él no reaccionaba, seguía adelante hasta chocar con un muro o una pared. Quería seguir avanzando, pero no lo lograba y moría. O lo sentaban en un lugar y él ya no se levantaba, moría sentado. Conocí a mucha gente que se volvió *musulmán*. Era un estado peor que el Alzheimer, con la diferencia de que este estado de enajenación atacaba a gente joven. No obstante, ellos ya no eran humanos, sino esqueletos ambulantes. Muy poca gente tenía un carácter fuerte. Personalmente presentía que iba a sobrevivir. No me permitía rendirme. No me permitía ni por un segundo admitir que me fueran a matar. Cuántas veces, tumbado con la cara en el suelo, vi el zapato negro del soldado alemán que estaba a un centímetro de mi cabeza... Pero siempre me repetía a mí mismo: *no, este zapato no me pisará, no me aplastará. Tengo que sobrevivir.*

En mi vida tuvieron lugar algunos eventos que me resultan incomprensibles. Había un kapo alemán, muy elegante, que siempre llevaba gabardinas refinadas, boinas bonitas y tenía un montón de guantes blancos en sus bolsillos. Era un kapo de trabajo, se llamaba Pohl. Tenía una costumbre muy desagradable. Siempre andaba con los guantes blancos puestos y cuando no le agradaba la cara de un preso, se le acercaba, le metía dos dedos en los orificios de la nariz y la torcía, rompiéndole todos los cartílagos y huesos. Después sonreía irónicamente, se quitaba los guantes ensangrentados, los botaba, se ponía unos nuevos y se marchaba.

Al parecer había sido un actor en Berlín, muy famoso, que ingresó al campo de concentración y tenía un alto cargo. Un día me topé con Pohl. Mientras él me miraba, yo solo veía sus guantes blancos y quedé paralogizado. No tenía valor de moverme. Se me acercó lentamente y sentí que me empapaba un frío sudor... Seguí todos sus movimientos y noté que metió la mano con el guante blanco al bolsillo... Es mi fin, pensé, pero él solo sacó la mano del bolsillo y me entregó dos dientes de ajo. Luego se marchó, sin decir nada. El ajo, en el campo de concentración era un tesoro, ¡eran vitaminas! Nunca más se acercó a mí. Pero ¿por qué se comportó así conmigo? No me rompió la nariz, no me golpeó, no me mató, no me hizo nada... me dio el ajo y se fue. Hay cosas que no sé explicar pero, como ves, sobreviví.

Un día, a finales de la guerra, se me acercaron dos soldados alemanes y me comunicaron que tenía que presentarme ante la “*Politische Abteilung*”⁶. Me llevaron consigo enseguida. Conseguí despedirme solamente de Fredek Wielgosz y le dije que era la mejor forma de morir para mí, puesto que normalmente nadie regresaba de aquel lugar. Fusilaban y morías en el acto. En el edificio de “*Politische Abteilung*” mi obligación consistía en entrar rápido, pararme en el rincón de cara a la pared y gritar mi número. En cuanto cumplí con aquello, escuché:

— *Con este perro polaco asqueroso conversaré en privado. ¡Salgan por favor!*

Inmediatamente todos los soldados de la Gestapo salieron. Escuché los pasos y el cerrar de la puerta. Cuando quedamos solos, el alemán se dirigió a mí con amabilidad:

— *Señor, acérquese y tome asiento.*

⁶ *Politische Abteilung*: Departamento Político.

Me asombró mucho el cambio de su tono de voz. Un señor agradable, canoso, de nariz aguileña, no gritaba ni me llamaba cerdo y además me llamaba señor... Sin embargo usaba el uniforme de la Gestapo. Aquí había algo raro. Después de un momento de silencio, me empezó a hablar:

— *Sé que su padre está vivo. Se encuentra en un campo de prisioneros de guerra para generales polacos. Le informaron que usted estaba vivo y permanecía en un campo de concentración. Pero yo no le puedo ayudar, porque usted está en un campo de exterminio.*

Me dio a entender que los alemanes podían ganar o perder y que poco a poco la guerra estaba llegando a su fin.

— *¡Sálvese como pueda!*

Después abrió la puerta ruidosamente, empezó a gritar e insultarme, me dio unas patadas y me empujó. Cuando caí, escuché su chillido:

— *¡Fuera perro!*

Me llevaron de vuelta al campo de concentración. Entonces comencé a pensar sobre qué podía hacer, cómo salvarme e impedir que me mataran, cómo sobrevivir hasta el fin de la guerra. Tenía que arriesgarme. Mi kapo era Walter, un criminal, quien en los primeros días de mi estancia en Gusen, me apaleó debido a que paré de trabajar por un momento con perforadora de roca. Walter era de Silesia y hablaba un poco de polaco. Me le acerqué, pensando en que, o me mataba a golpes o bien consideraría lo que le quería decir. Y empecé así:

— *Señor le quiero decir algo...*

Enseguida me gritó los peores insultos.

— ¿Tú te atreves a hablar conmigo?

Tuve que decir rápidamente de qué se trataba, si me demoraba, él habría sido capaz de matarme a golpes antes de que terminara:

— *Tenemos que salvarnos, ¡yo lo puedo salvar!*

Se enfureció terriblemente, pero yo continué:

— *Si ganan la guerra, usted estará a salvo. Pero si pierden, lo pueden matar. Yo prometo defenderlo. Diré que usted nos salvó a todos. Usted solo tiene que intentar hacer todo lo posible para que nadie me mate aquí.*

Me gritó e insultó mucho, sin embargo al otro día me dio la función de escritor. Por lo visto habló con alguien más de la unidad, puesto que al cabo de unos días escuché que iría al túnel, en cambio me dieron un balde con pintura azul y un pincel. Había un montón de cadáveres en cuyos pechos desnudos debíamos pintar el número que les correspondía. Tenía que fijarme en los números escritos en sus brazos o colgados en un cordón y escribirlos en sus cuerpos. Por este trabajo me daban un poco más de comer. Sí, realmente me facilitaron la vida en esos últimos días...

También había situaciones divertidas. Me acuerdo que cuando salí del campo, mi primer pensamiento fue alejarme de allí lo más rápidamente posible, dejar todo atrás y olvidar. Nos fuimos caminando: Wielgosz, yo y nuestro compañero austriaco, un bandido que sabía abrir cualquier caja fuerte. Nos fuimos en dirección a Linz. A cada paso había muertos, exprisioneros del campo de concentración. Camino a la libertad, todos estaban famélicos, así que cuando veían papas, las sacaban de la tierra y se las comían crudas. Obviamente, poco después aquellos esqueletos humanos que pesaban unos treinta kilos morían, porque las papas todavía estaban inmaduras.

Al cabo de un tiempo llegamos a Linz y no sabíamos qué hacer. Estábamos sucios, casi desnudos, con los uniformes a rayas rotos... Fuimos a la parroquia ocupada por los estadounidenses. Pedimos al cura que nos permitiera quedarnos en una barraca para herramientas al lado del cementerio. Nos dirigimos hacia allá y en el intertanto el austriaco se nos perdió de vista. Volvió unas horas más tarde y ¿qué nos trajo? ¡Un asado caliente! ¡Nuestro amigo nos trajo un asado! Lo comimos encantados ¡durante varios meses no habíamos probado nada tan delicioso! El banquete duró mucho tiempo. Mientras disfrutábamos del asado, escuchamos un fuerte llanto que venía desde la parroquia. El ama de casa de la parroquia lloraba tanto que sentí verdadera lástima. Pero aún no sabíamos qué pasaba. Al cabo de un rato resultó que en el patio de la parroquia encontró la piel y la cabeza de su perrito. Nos comimos un perrito ¡sin saberlo!

Luego nos dormimos. Por la mañana me despertaron algunos cantos y campanas... Salgo y veo un ataúd, al cura con su hábito ceremonial. Un entierro en el cementerio. Tuve un ataque de histeria. Nosotros nos sentábamos sobre los cadáveres, comíamos sopa sobre ellos, dormíamos en literas al lado de los presos muertos, cada día veíamos miles de cuerpos en estado de descomposición... ¿y aquí qué?, ¿una comedia? ¿Campanas, cantos solemnes, velas, inciensos, oraciones? Comencé a dispersarlos, intenté quitarle al cura su hábito ceremonial, empecé a gritar. Fue un contraste demasiado fuerte para mí. No pude aguantarlo. Solo más tarde consiguieron calmarme.

Después de salir del campo de concentración, ingresé al II Cuerpo de Ejército del General Anders en Italia. Desde Italia viajé a Bélgica en 1947, donde empecé a tomar clases de pintura y fui contratado en la Real Ópera Flamenca en Amberes. Allí trabajé como escenógrafo y pronto obtuve la posibilidad de realizar una

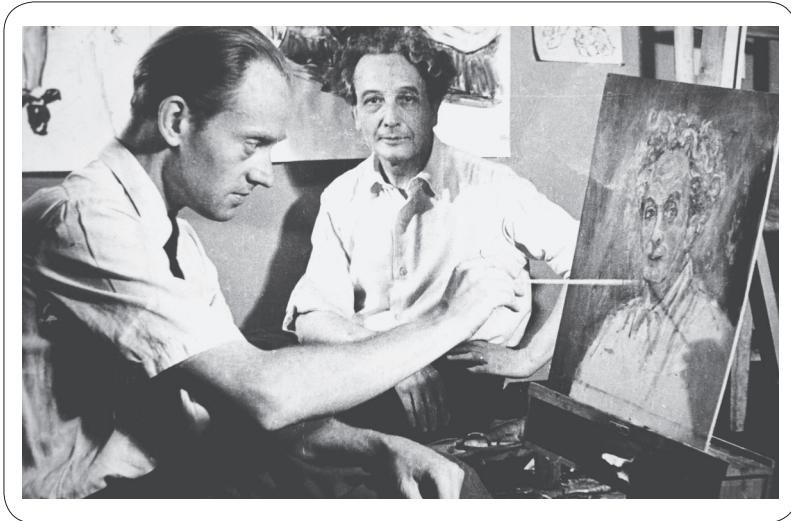
gira por Chile con el ballet belga. Sin pensarlo mucho, me uní a ellos como su representante.

EN CHILE

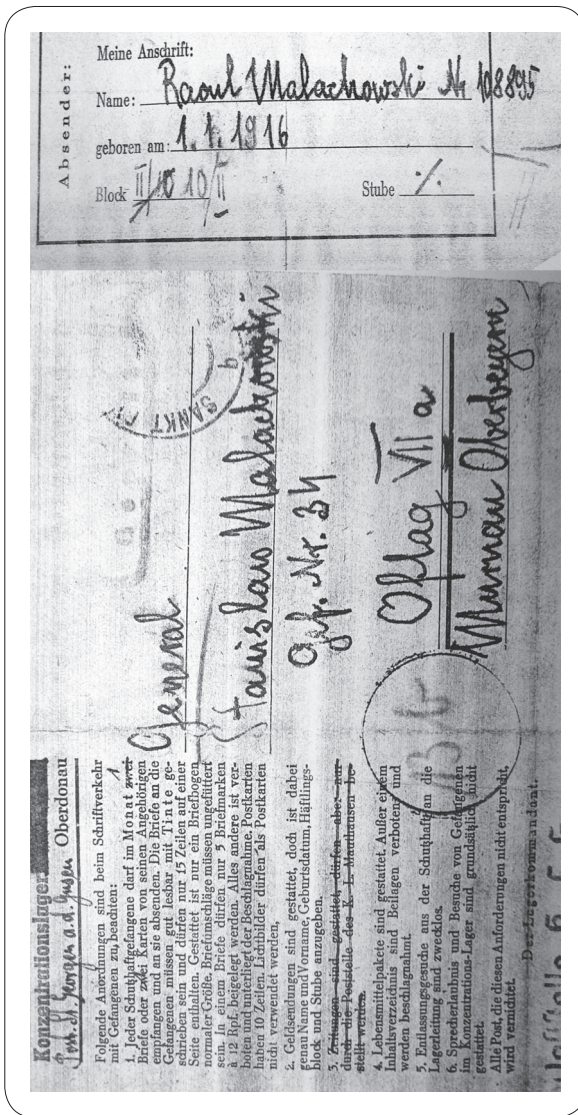
Arribé a Chile el 5 de mayo de 1950. Durante la noche el capitán me llamó al puente de mando y me mostró el lejano Valparaíso. Ante mis ojos apareció una preciosa vista del puerto y la iluminada ciudad construida sobre numerosos cerros. Las luces de las casas se reflejaban en el océano. Era una maravilla. Valparaíso por la noche es muy interesante para nosotros los extranjeros: restaurantes nocturnos, marineros de diferentes partes del mundo, una mezcla de todos los idiomas posibles. Las casitas apegadas a los cerros crean un paisaje muy pintoresco. Sin embargo, nunca quise vivir allá debido a la gran cantidad de chinches, piojos y cucarachas.

A Chile llegué como representante del Ballet de la Real Ópera Flamenca. Ya en Santiago llamé al Teatro Municipal y enseguida me comuniqué con su director. De esta manera empecé a trabajar allí. Pronto organicé mi primera exposición de pintura, mientras poco a poco entraba al mundo de la bohemia chilena. Trabajé como pintor, escenógrafo y luego también como actor teatral y de cine, director y diseñador de vestuario.

Aquí vivo hace casi sesenta años. ¿Qué opino de los chilenos? Son personas geniales. Cuando sufrí un infarto, la dueña de la cafetería en la cual siempre almuerzo, me ayudó y me llevó al hospital. Nunca en mi vida quiso que le pagara por algo, después del infarto siempre pude comer gratis allá. Una vendedora, conocida mía, hizo lo mismo: dijo que podía comprar lo que necesitaba y pagar cuando pudiese. Los médicos me tratan gratis. Respecto a eso hay que admitir que los chilenos son excepcionales, ayudan de forma desinteresada.



Raul Małachowski pintando el retrato del escultor chileno Totila Albert.

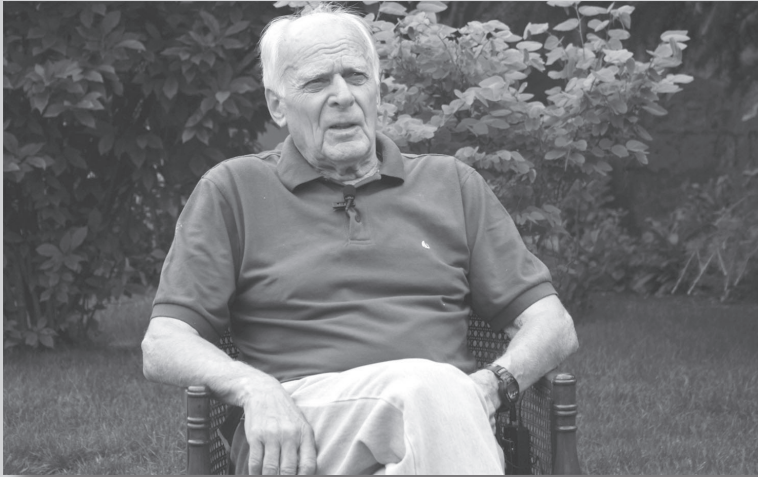


Sobre dirigido del campamento Gusen por Raul Matachowski a su padre, general Stanistaw Matachowski.



JERZY DZIEKOŃSKI

Nació el 1 de septiembre de 1921 en Grudziądz. Hijo de Feliks Dziekoński (1872-1944) y Helena Jaźwińska (1885-1969) y hermano del comandante Mirosław Dziekoński (1915-1987). Participó en el Levantamiento de Varsovia. Después de la guerra vivió en Inglaterra donde trabajó como farmacéutico. En Chile vive desde el año 1986.



JERZY DZIEKOŃSKI

Jerzy Dziekoński es hermano menor del comandante Miroslaw Dziekoński. Miroslaw es padre de Maria Elżbieta Dziekońska. A Chile llegó recién en 1986 porque después de la Segunda Guerra Mundial se había quedado en Inglaterra. Es uno de los tres polacos que hoy en día viven en Chile y que participaron en el Levantamiento de Varsovia (entre ellos Ewa Odachowska y Dawid Fajersztajn). Con desgano recuerda los tiempos de la guerra. Está lejos de idealizar la postura de la gente bajo circunstancias tan extremas como la guerra y el Levantamiento de Varsovia. Cuando cuenta la forma como se unió a un grupo de efectivos militares para luchar por su patria, sonríe irónicamente, pronunciando la palabra “heroicamente”, no sintiéndose héroe en lo absoluto. Es un hombre que mira la historia con distancia y con un poco de tristeza.

CUMPLEAÑOS NÚMERO DIECIOCHO

Nací el 1 de septiembre de 1921 en Grudziądz. Justo el día que estalló la guerra cumplí dieciocho años. Parecía que las explosiones de artillería celebraban mi entrada a la adultez.

Cuando comenzó la guerra estaba esperando la designación al servicio militar. Al tercer día recibimos la noticia de que los alemanes habían rodeado Grudziądz, por lo tanto con mi hermano empezamos a huir. Escapamos a Toruń, donde me uní a un grupo de efectivos militares que se estaban replegando del frente, reorganizándose nuevamente, para luchar “heroicamente” por la patria. Después me dieron incluso uniforme y un fusil... Recuerdo que durante el día nos escondíamos en los bosques, y por la noche nos desplazábamos. Así llegamos más o menos a

los alrededores de Kutno. Trasladarnos durante el día significaba correr un riesgo: fácilmente podíamos ser víctimas de las patrullas aéreas alemanas.

Me acuerdo que una vez nos escondimos de los ataques aéreos en un pajar. De repente vi en el horizonte a un grupo de soldados polacos. Caminaban en nuestra dirección, pero después de un rato desaparecieron. Salí del pajar, me acerqué a una empalizada, abrí el portón y en cuanto asomé la cabeza, me encontré de frente con un alemán apuntándome directamente con el cañón de su fusil. Me tomaron preso y así terminó mi “heroica” lucha por la patria, o podríamos decir tragicomedia. Era septiembre de 1939. Al cabo de tres días escapé. Volví a Grudziądz donde acudí a una oficina de empleo, diciendo que tenía bachillerato y que podía trabajar. Me enviaron a un campo de trabajo forzado alemán, pero como era un lugar miserable, me escapé al cabo de unos días junto a mi hermano menor, Leszek. Aquel campo estaba situado en Polonia, cerca de Grudziądz. Volvimos a casa con nuestra familia. No queríamos volver al campo de trabajo. Mi padre era bibliófilo, tenía algunos libros muy buenos y valiosos. Uno era particularmente extraordinario. Era una edición rusa, ilustrada, que trataba de las investigaciones de un ornitólogo alemán. Era una publicación preciosa en cinco volúmenes. Me acuerdo que mi padre regaló este libro a cambio de salvoconductos, gracias a los cuales pudimos viajar a Varsovia. Quería huir de Grudziądz para no tener que volver al campo de trabajo forzado.

VARSOVIA

A Varsovia nos fuimos en febrero de 1940. De allí ya no volvimos a nuestra casa. Al principio trabajé donde pude. Un tiempo después fui a la oficina alemana de trabajo donde me contrataron como

funcionario. Mi tarea era preparar informes. Trabajé allí unos tres años hasta que estalló el levantamiento⁷. Tenía un documento que acreditaba que trabajaba en la Oficina de Trabajo alemán, por lo tanto, cuando por sorpresa organizaban redadas callejeras podía sentirme en cierta medida fuera de peligro. Pero del todo seguro no estaba. Siendo empleado de una institución alemana, sabíamos que había mucha gente del servicio secreto que nos controlaba. Sin embargo, los polacos que trabajábamos ahí, teníamos nuestra propia actividad clandestina, así que en cualquier momento de descuido te podían volar la cabeza con una bala. Yo ahí hice muchas cosas de esa índole, tantas, que si los alemanes se hubieran enterado de mi actividad, habría sido ejecutado o transportado a Auschwitz. Oficialmente escribía papelitos, pero lo que realmente hacía era otra cosa. Escribía informes: quién era quién, quién hacía esto y aquello... los preparaba para los polacos, ya que llegué a ese puesto por medio de una organización polaca, para que les pasara la información necesaria. Era un enlace. Falsificábamos documentos. Este trabajo clandestino era muy relajado —en este tipo de organizaciones clandestinas no hay director, lista de asistencia, hora de almuerzo, etc.—. Para los alemanes trabajábamos todos, pero la mayoría de nosotros trabajaba en forma paralela para nuestra organización clandestina. Había semanas durante las cuales, estando en mi casa por las noches, apenas dormía, por temor a que me descubrieran.

Me acuerdo que un día mi hermano mayor, Tadeusz, que era médico, volvió a casa impactado. Me contó que cuando caminaba cerca del gueto vio a una joven rubia que estaba en el lado exterior de la muralla que separaba el gueto del resto de la ciudad, tirando trozos de pan hacia adentro. La niña tenía unos seis años.

⁷ El Levantamiento de Varsovia estalló el 1 de agosto del año 1944.

Inesperadamente se le acercó un soldado de la Gestapo, le quitó el pan y le disparó. Me quedé espantado. Así era la realidad en Varsovia aún antes del levantamiento.

Yo vivía con mi hermano menor Leszek, que después se unió a un grupo armado polaco-judío. Fue capturado y ejecutado.

Sabíamos que teníamos que aguantar el mayor tiempo posible, para después poder tomar las armas y disparar a los alemanes. En 1944 llegó la posibilidad. Los alemanes sabían perfectamente que habría un levantamiento, pero ya no podían hacer nada. Yo también luchaba y disparaba a los enemigos.

Durante el levantamiento casi no había comida. Me acuerdo de una situación cuando estábamos sentados con algunos amigos en alguna casa —sobre la mesa había solo una cebolla y una botella de vodka—. Todos mirábamos la cebolla y nadie se atrevía a tocarla. La botella de vodka tampoco duró mucho rato.

Permanecí en la capital hasta el 5 de octubre de 1944. Entonces, ya después del Levantamiento de Varsovia caímos prisioneros.

CAMPO DE PRISIONEROS DE GUERRA

Después de la capitulación del Levantamiento de Varsovia, me enviaron a un campo de prisioneros de guerra, cerca de la frontera suiza. Estaba allí como suboficial, entonces no me podían hacer nada. Había que trabajar y vivir de alguna forma... El comercio florecía. Intercambiábamos cigarrillos por pan. Vivimos en barracas de madera, donde en todas habían camarotes. Las condiciones eran bastante primitivas, pero de vez en cuando nos mandaban a los baños. Incluso, a veces, nos desinfectaban la ropa. Gracias al Convenio de Ginebra los alemanes no podían hacernos daño.

En una oportunidad tenía un trozo de jabón, muy difícil de conseguir, particularmente para la población civil alemana. Nosotros, al menos, recibíamos paquetes de la Cruz Roja en los cuales había jabón, cigarrillos y café. Del campo de prisioneros salíamos enviados por los alemanes a trabajar. Pasando por la ciudad, quise negociar con una anciana alemana. Le pasé el trozo de jabón, para intercambiarlo por otra cosa, e inmediatamente la señora fue descubierta por la Gestapo. Por primera vez me compadecí de un alemán. Era una señora pobre y vieja que no tenía casi nada. Era una pobre y anciana señora viviendo apenas en la pobreza. Me sentí muy mal.

Pasé siete meses en el campo de prisioneros. Cuando salí, viajé a Italia y rápidamente en cuanto crucé la frontera, olvidé el idioma alemán. Sentí como si en mi cerebro hubiese caído una cortina.

INGLATERRA



En el Ejército estuve bajo el mando inglés. No podían desmovilizarme en Italia y por eso lo hicieron en Inglaterra. Me quedé allí después de la guerra. En esa época era difícil viajar a Chile, recuerdo que había problemas relacionados con las visas. Yo ni pensaba en Chile. Además mi madre vivía en Polonia y casi todos los años viajaba en moto a visitarla. Al principio quería ir a Australia. Durante el examen médico el doctor afirmó que tenía la categoría A1. Solo me faltaba la radiografía. Volví a casa muy feliz y dije a mi hermano Mirek que quizás iría a Australia. Mirek respondió —*No, no te vayas, ¡quedémonos en Inglaterra!*

Me quedé. Queríamos comprar una granja pequeña cerca de Londres, donde tenían una crianza de aves y cinco cerdos. No obstante, tenía que aprender a administrarla. Viajé a Escocia por

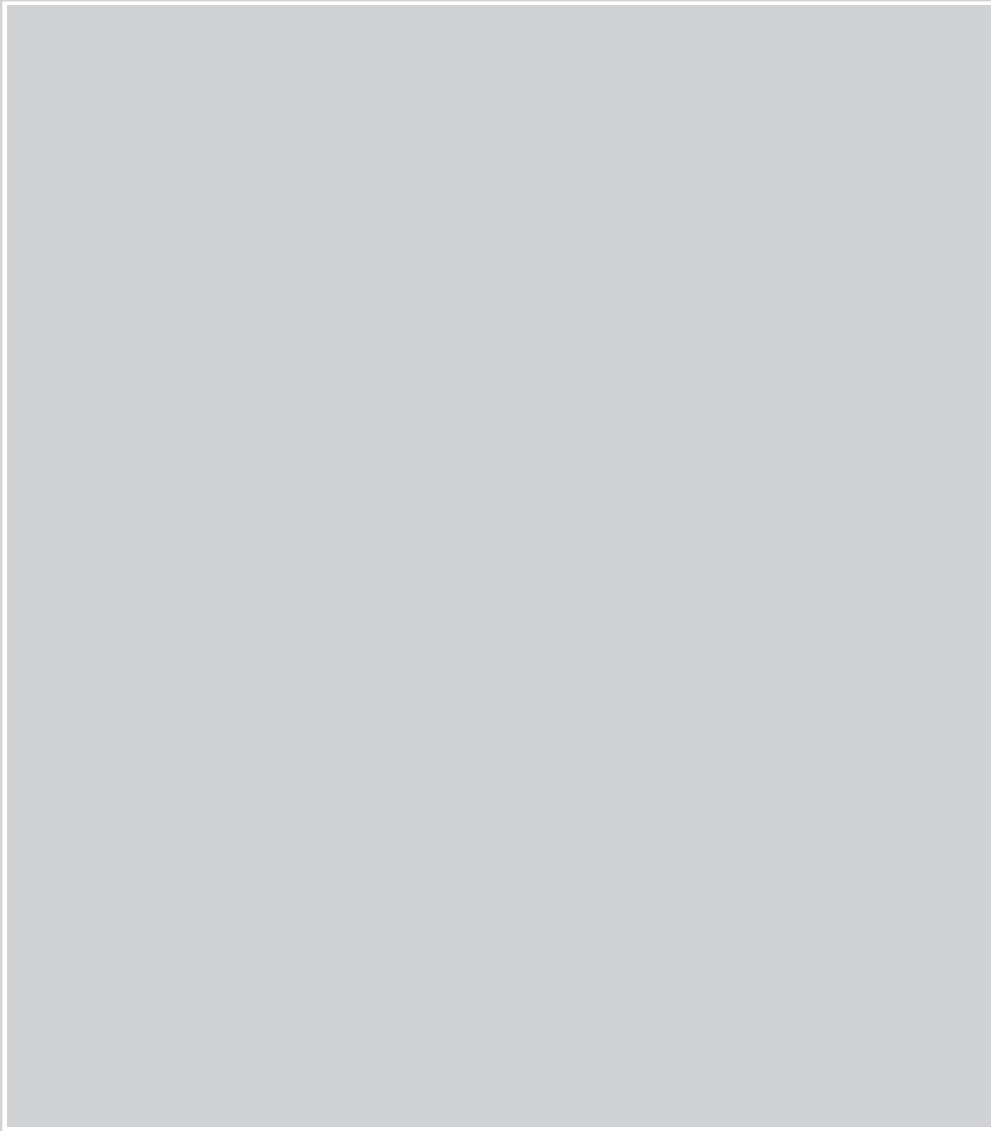
dos semanas, terminé un curso de avicultura (aún hoy en día me acuerdo de algunas cosas) y fui a hacer la práctica a una granja escocesa, en donde había una crianza de setecientos cerdos y solo dos personas trabajando a su cuidado. La organización del trabajo era muy distinta. Además, tenían a dos ayudantes: a mí y a otro oficial polaco. Quería aprender, ganar más experiencia para tener mi propia granja. Volví de Escocia, me reuní con Mirek y él me informó que se va a Chile. Yo me quedé cuarenta años en Inglaterra, donde trabajé como farmacéutico. A Chile llegué recién en 1986. Aquí vive gente muy distinta, con una mentalidad muy diferente a la de los ingleses.



Documento de identidad de Jerzy Dziekoński, Varsovia 1942.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25
Personalkarte I: Personelle Angaben																				Beschriftung der Gefangennummer 104354				
Kriegsgefangenen-Stammlager: M. Stammlager 344										Lager: 378														
Name: DZIEKOŃSKI (Janowczyk)										Staatsangehörigkeit: Polen														
Vorname: JERZY										Dienstgrad: Unteroffizier Uffz.														
Geburtstag und -ort: 1.9.1921 in Grudziądz										Truppenteil: AK-15 Inf. Pol. Komp. usw.														
Religion: Röm.-kath.										Zivilberuf: Verkäufer Berufs-Ort:														
Vorname des Vaters: Feliks										Matrikel Nr. (Stammrolle des Heimatortes): 17020														
Familienname der Mutter: Jazwińska										Gefangennahme (Ort und Datum): 5.10.44 Warschau														
<input type="checkbox"/> gesund, <input type="checkbox"/> krank, <input type="checkbox"/> verwundet eingeliefert:																								
Sichtbild										Nähere Personalsbeschreibung														
										Größe: 177					Haarfarbe: braun									
Des Kriegsgefangenen										Besondere Kennzeichen:					Name und Anschrift der zu benachteiligten Person in der Heimat des Kriegsgefangenen									
										Name und Anschrift der zu benachteiligten Person in der Heimat des Kriegsgefangenen					Name und Anschrift der zu benachteiligten Person in der Heimat des Kriegsgefangenen									
1. Dziekońska Helena - Warschau Praskastr. 2 w. 7.										Name und Anschrift der zu benachteiligten Person in der Heimat des Kriegsgefangenen					Name und Anschrift der zu benachteiligten Person in der Heimat des Kriegsgefangenen									
2. Józef Skibiński - Warschau Smiałostki 25										Name und Anschrift der zu benachteiligten Person in der Heimat des Kriegsgefangenen					Name und Anschrift der zu benachteiligten Person in der Heimat des Kriegsgefangenen									
										Wenden!														

Documento de identificación de preso de Jerzy Dziekoński, 1944.



MICHAŁ KURASZ

Nació el 29 de septiembre de 1923 en Iskań, una ciudad cercana a Przemyśl. Hijo de Jan Kurasz y Stanisława Furczak. A Chile llegó en 1949 a bordo del buque “Marco Polo”. Casado con Aurelia Zajączkowska de nacionalidad polaca nacida en Lwów, padre de dos hijos: Gabriela (1953) y Artur (1957).

MICHAŁ KURASZ

En la calle Irarrázaval en la comuna de Ñuñoa, en Santiago, se encuentra una elegante cafetería: “Condi”. Entro, me siento a la mesa y espero a su propietario. Después de un rato aparece sonriente, Michał Kurasz y pedimos “pierogi”⁸ de patatas con queso. Probablemente es el único local en Santiago donde se puede comer “pierogi”, y de postre nuestra tarta polaca, “mazurek”⁹. Aquí uno se puede sentir como en casa —aromas y sabores hogareños crean un ambiente familiar—. Michał Kurasz habla polaco de una forma muy hermosa. Examina cada palabra que pronuncia, de vez en cuando guarda silencio y mira a lo lejos como si se acordara de los paisajes de “Bieszczady”, la región de donde proviene. Cuando le pregunto por su pasión, la pastelería, responde: soy pastelero porque después de tres años de comer solo sopa de papas, nunca jamás quería volver a tener hambre.

LA GUERRA

Tenía dieciséis años cuando estalló la guerra. Recuerdo que ese día estaba en casa, cuando de repente entró mi padre y dijo:

— *Michał, empezó la guerra.*

En aquel momento sentí una tristeza profunda, pero no quise decirle nada a mi padre. Me dolió que Polonia se convirtiera en un país esclavo. Corría septiembre de 1939.

⁸ *Pierogi*: uno de los platos más típicos de la cocina polaca, consiste en pasta con diferentes variedades de rellenos.

⁹ *Mazurek*: una tarta típica polaca, que se sirve generalmente en la cena de Pascua.

En 1942 recibí una notificación informándome que debía presentarme en el cuartel en Przemyśl. De ahí ya no pude volver a casa. Del cuartel, los alemanes nos llevaron en trenes de carga al campo de trabajos forzados. Durante todo el día y toda la noche nos dieron solo agua para beber.

En el campo nos alimentaban con hojas de nabos, a los cuales agregaban papas y lo mezclaban con algo más para que fuese más espeso. Como alimento, solo nos proporcionaban un plato de esta sopa al día. El campo estaba situado en las inmediaciones del aeropuerto en Flughafen, cerca de Plattling. Trabajábamos en la construcción de búnkers, en los cuales los alemanes escondían sus aviones. El campo de concentración estaba ubicado donde antes se encontraba un establo para vacas. Se podía adivinar esto porque los catres en los que dormíamos estaban hechos con las maderas de los comederos. En cada catre dormían tres hombres. El campo estaba cercado por un alambre eléctrico. En las torres de vigilancia había soldados alemanes armados con fusiles. Todos los días a las cinco y media de la mañana venía un guardia con un silbato para despertarnos. A las nueve de la noche nos apagaban la luz. Para animarnos un poco, contábamos chistes en la oscuridad. No sabíamos qué nos esperaba el día siguiente.

El día de nuestra liberación nadie silbó a las cinco y media de la mañana para despertarnos. Uno de los compañeros dijo:

— *Acuéstense y pongan la oreja en el suelo.*

Escuchamos como a lo lejos se acercaban tanques —se acercaban los americanos—. Empezamos a sacar nuestras cosas y a salir de las barracas. Vimos que en las torres de vigilancia ya no había soldados con fusiles. Después, llegó un tanque americano con una bandera blanca. Cada uno de nosotros llevó lo que podía y empezamos a huir del campo. Nos escondimos en los trigales, ya que en aquel entonces estaban muy altos.

Cuando terminó la guerra tenía veintidós años, pero pesaba solamente 38 kilos. Pasé casi tres años en el campo de trabajos forzados. Desde diciembre de 1942 hasta el 3 de mayo de 1945, día en el que fuimos liberados por los estadounidenses. Me acuerdo perfectamente de esa fecha.

En diciembre de 1945 fui a Austria con una unidad militar americana. Primero trabajaba lavando platos en la cocina. Después, me emplearon como ayudante, hasta que por fin empecé a trabajar por mi propia cuenta y aprendí pastelería. No sabía qué había pasado con mis padres durante la guerra. Un día recibí una carta con el sello de la Cruz Roja. Era una carta de mi padre. De esta forma me enteré que estaban vivos. Les escribí que los echaba mucho de menos y que quería verlos. También le pedí consejos a mi padre sobre lo que debiera hacer, puesto que tenía la oportunidad de irme al extranjero. Mi padre respondió: —*Michał, siempre podrás volver a casa*. En aquella época toda la correspondencia pasaba por la censura, por lo que entendí que mi padre no pudo escribir nada más. Para mí eso significaba “no vuelvas”. Muchos chicos de mi edad volvieron a Polonia después de la guerra. Apenas llegaban los mandaban al cuartel y los obligaban a hacer el servicio militar de cuatro años. No quería que me pasara lo mismo. Quería hacer algo en mi vida, ver algo, aprender, tener una profesión.

En Austria viví desde diciembre de 1945 hasta diciembre de 1948. Recuerdo que llegó una comisión de la Cruz Roja de Suiza y empezaron a registrarnos a todos, porque después de la guerra nadie tenía documentos. La Cruz Roja nos proveía de comida, nos alimentábamos en una cocina de campaña muy grande. En Austria aprendí también a bailar. En aquel período, después de la guerra, todos querían recuperar el tiempo perdido. Por eso todos querían bailar, conocer chicas, divertirse. Yo tenía una obsesión por casarme con una polaca. Cuando por coincidencia escuchaba a algunas chicas hablando polaco, me volvía loco. Así conocí a mi esposa.

Un día, cuando estaba recordando el pasado, me dio la impresión de que estaba en un cine viendo una película. Ahora, cuando miro mi vida, me parece un sueño. A veces creo que no estoy vivo. Tanta gente murió. Pero ahora pienso que tenía un ángel de la guarda que me trajo hasta aquí y que me salvó la vida.

VIAJE A CHILE

En diciembre de 1948, gracias a IRO¹⁰ viajé en un buque desde Génova a Chile. Todo el viaje fue gracias a esta organización. Millones de personas que los alemanes habían llevado a trabajos forzados se quedaron en Alemania: rusos, polacos, húngaros, romanos, búlgaros, griegos, checos, eslovacos... La gente que después de la guerra se encontraba en la parte de Alemania liberada por los estadounidenses, se fue hacia el oeste. Los que estaban en la parte ocupada por Rusia, tuvieron que volver a sus respectivos países. Si hubiera vuelto a Polonia, habría tenido que hacer el servicio militar de cuatro años.

Cuando estuve en Austria estudié inglés para poder ir a Estados Unidos. Sin embargo, para ir allí elegían principalmente a científicos e ingenieros; no llevaban a cualquiera. Mi profesora de inglés trabajaba en el comité de emigración de IRO. Cuando me propuso un viaje a Chile, le pregunté: *¿Y eso dónde queda?*

Ella sacó del cajón un mapa y me mostró un país muy estrecho. Acepté su propuesta.

En diciembre de 1948 viajé en el buque “Marco Polo” desde el puerto de Génova a Chile. El viaje duró 26 días. A bordo había

¹⁰ *International Refugee Organization* (IRO): Organización Internacional para los Refugiados.

aproximadamente mil doscientos pasajeros, entre ellos muchos italianos. Algunos bajaron en Venezuela, otros en Perú, mientras que los demás llegamos a Chile. El viaje en el buque ¡era genial! El primer día fui a la cocina para preguntar si podía trabajar allí. Me emplearon sin ningún problema. No quería dinero, solo quería trabajar. De esta forma tenía la posibilidad de entrar a primera clase, ir a las fiestas por la noche, tomar vino, bailar con señoras muy elegantes... No importaba que algunas por su edad, fácilmente pudiesen haber sido mi madre o abuela.

LLEGADA A CHILE. PRIMERAS IMPRESIONES

Me asusté cuando bajé del barco en el puerto de Valparaíso... Vi esas casitas de madera colgadas de los cerros... Por la noche la ciudad parecía un árbol navideño, pero durante el día, era espantosa. Nadie vino a buscarme, no tenía ningún contacto. En aquel momento pensé:

— *¿Para qué me vine para acá?*

Por un rato pensé en volver al buque y regresar enseguida a Europa.

Rápidamente nos dividieron en diferentes grupos. Una funcionaria nos llamó a mí, a dos lituanos, a un ruso y a dos yugoslavos. Nos llevaron en un tren a Santiago. Cuando íbamos en el tren desde Valparaíso a Santiago, temimos que de repente, saltaran unos indios desde los cerros y nos empezaran a disparar con sus arcos.

Sin embargo, al cabo de algunos días, entendí que este país era un paraíso sobre la Tierra: frutas, había muchas frutas... había de todo. Nosotros llegamos después de la guerra, ahorrábamos todo, cada trocito de pan. Al sobrevivir la guerra, me sentía como un

zorro que se había escapado de sus cazadores y en su fuga escondía la cola entre las patas.

Mira, soy pastelero porque después de tres años de comer solo sopa de patatas, nunca más quise volver a sufrir el hambre.

EL AMOR

A mi esposa, Aurelia Zajączkowska, la conocí en 1948 en un campamento de tránsito en Alemania, de donde la gente emigraba a todas partes del mundo. Millones de personas que trabajaban en los campos de trabajos forzados en Alemania, esperaban salir de Europa y viajar sobre todo a América del Norte o del Sur. Nos daban desayunos, almuerzos y cenas; comíamos todos juntos en el comedor. Me acuerdo que un día estaba haciendo fila en el comedor cuando de pronto escuché una voz polaca muy agradable. Ni me atreví a mirar a quien pertenecía, pues me enamoré inmediatamente de esa voz. Luego, a escondidas, me fijé en el color de sus ojos y le cedí mi lugar en la fila. Me agradeció grácilmente y eso fue todo. No sabía nada sobre ella, solamente que se llamaba Aurelia. En un principio, yo debía viajar en el mismo buque que ella, su madre y su hermana, pero a nuestro grupo (dos lituanos, un ruso, dos yugoslavos y yo) nos dejaron en tierra. Dijeron que no había más espacio. Ella subió al buque y viajó a Chile desde Hamburgo. Yo viajé en el siguiente transporte, cinco meses más tarde, desde el puerto de Génova. Ella llegó en julio de 1948 y yo en enero de 1949.

En Chile residía el padre Skowronek, Vicerrector de la Universidad Católica, quien ayudaba a los polacos y organizaba misas en nuestro idioma. Un día, después de un oficio religioso, me acerqué a Aurelia y sus padres. Con frecuencia nos veíamos en la

iglesia, pero entre nosotros no había nada más. Otro día, volviendo del trabajo, la encontré en el paradero de autobuses, nos saludamos y quedamos en ir al cine. Empezamos a salir una vez a la semana, los sábados o los domingos. Sus padres querían que saliéramos siempre con su hermana. Estuvimos saliendo así por tres meses. Un día, después del cine, la invité a tomar té. Entonces me dijo que tenía planes muy serios para el futuro. Al escucharla enseguida entendí a qué se refería. Yo todavía no estaba listo para el matrimonio, no quería defraudarla. Mi primer objetivo era trabajar un poco, ahorrar dinero... Sabía que a las mujeres les gustaba una vida muy cómoda, ya que eso es parte de su naturaleza... Pero en aquel momento no era capaz aún de garantizárselo. Aurelia me respondió:

— *No te preocupes, vamos a trabajar los dos juntos y de esa forma nos ganaremos la vida.*

Me impresionó mucho. Nunca esperaba un gesto tan espontáneo e inocente de una mujer tan delicada. Nos casamos el 17 de noviembre de 1951. El padre Skowronek ofició nuestra boda.

TRABAJO EN CHILE

Desde que llegué a Chile empecé a trabajar muy duro. Después del trabajo volvía a casa, a ese departamento arrendado de cuatro paredes y sentía que me ahogaba. A veces, lloraba de nostalgia. Trabajé durante dos años en el Hotel Carrera, mi primer empleo. Tenía muchas aspiraciones y quería crear mi propio negocio. Después de un tiempo empecé a ganar bien. Compré las primeras máquinas para la pastelería, luego un auto, primero uno usado, después uno nuevo. Finalmente compré también una casa.

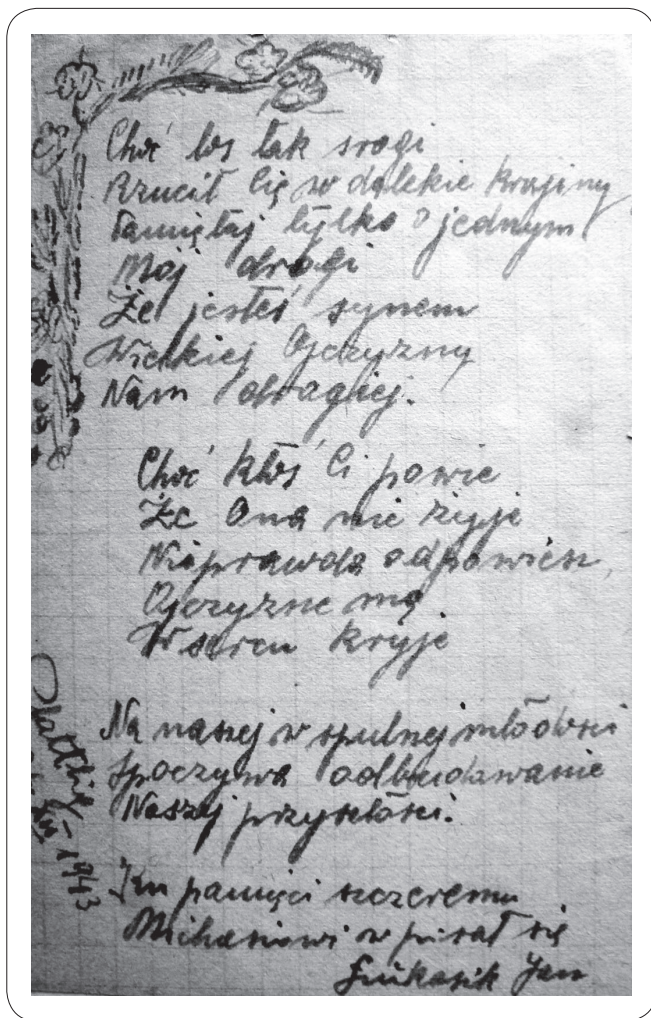
Tenía mucha curiosidad en cuanto a nuestro futuro. Con el paso del tiempo me di cuenta de que nadie y en ninguna parte

nos había recibido tan bien como aquí, en Chile. Esta nación no es envidiosa y tiene sus valores. Los chilenos siempre intentan ayudar al prójimo, o indicarle el camino. Cuando, por ejemplo, mi esposa estaba embarazada, nuestra vecina todos los días le traía el almuerzo, sin esperar nada a cambio.

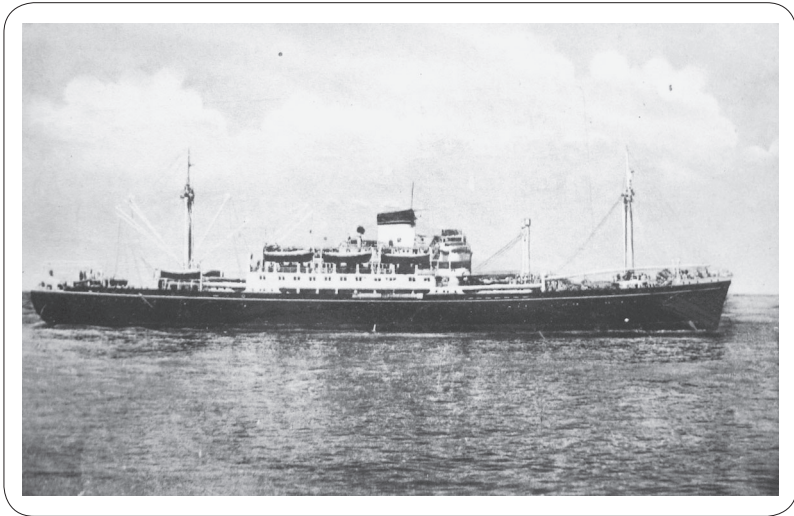
CONTACTOS CON LOS POLACOS QUE VIVÍAN EN CHILE

Los polacos con quienes me llevaba mejor eran: Kocik y Broniek Bularz. Kocik tenía una granja de gallinas (eran unas diez mil y siempre me proporcionaba huevos), mientras que Broniek tenía un taller de reparación de automóviles. Con ellos me sentía muy a gusto. Los polacos generalmente son muy presumidos y seguros de sí mismos. Aprecian a la gente solo si tienen dinero o un título importante. Normalmente no se aprecian entre ellos. Eso era, con frecuencia, muy doloroso para mí. Recuerdo que cuando compré mi primer auto y estaba saliendo del patio de mi casa, escuché a una polaca, quien le decía a su amiga en tono irónico: —*¡Mira cuánto ha ganado vendiendo galletas!*

Me di cuenta que trabajando honestamente con tus propias manos se puede mejorar mucho la existencia. Yo personalmente aprecio la vida tranquila, silenciosa y alegre. Hay que ser tenaz y perseverante. Cada persona tiene algún don, alguna virtud, pero no todos lo saben. El trabajo honrado libera y ennoblece a la persona. Muy poca gente lo siente. Esto no lo enseñan en ninguna universidad.



Nota del amigo de Michał Kurasz, campo de trabajo forzado de Plattling, 1943.
Aunque el destino tan cruel / te llevó a las tierras remotas, / recuerda solo
esta cosa / mi querido / que tú eres hijo / de la Grande Patria / tan amada
por nosotros. / Y aunque alguien te diga / que está muerta / mentira, le
dirás / mi Patria / la llevo oculta en mi corazón. / Nuestra juventud común
/ debe reconstruir / nuestro futuro. / En memoria / del sincero Michał / Jan
Łukasik // Plattling, 26.12.1943.



Barco "Marco Polo" en el cual Michał Kurasz llegó a Chile en el año 1949.

DAWID FAJERSZTEIN

Nació en el año 1925 en Chęciny. Hijo de Schmucl Zindel (1896-1943) y Hendile (1901-1943). Es el hijo mayor entre cinco hermanos. Solamente él y su hermano menor Józef sobrevivieron, mientras que sus padres y tres hermanos (Cirele, Abraham Abe y Leibele) fueron ejecutados en la cámara de gas en Auschwitz en 1943.



DAWID FAJERSZTEIN

Dawid Fajersztein recibe visitas en su despacho en uno de los rascacielos en el centro de Santiago, cerca del Palacio Presidencial. Desde la ventana se puede admirar la Cordillera de los Andes cubierta de nieve y rascacielos en cuyas ventanas se reflejan nubes. Su figura se hunde en un sillón negro de cuero mientras que su cara está escondida tras el humo del puro que está fumando. En las paredes del despacho se encuentran colgadas fotos en las que sale acompañado por presidentes chilenos y políticos israelíes. Dawid Fajersztein es un hombre influyente en el mundo de la política, viaja por el mundo y durante el año pasa solo unos meses en Chile. Hace poco le fue concedido el título de Doctor Honoris Causa en la Universidad de Yeshiva en Nueva York. Sin embargo, cuando empieza a recordar los años de su infancia y la muerte de sus familiares en Auschwitz, cae la máscara de gran empresario. Inesperadamente se muestra como un hombre que oculta en sí un dolor indescriptible. Mientras se arremanga la camisa para mostrar en su brazo el número tatuado en el campo de concentración, dice: —Sobreviví para hablar de eso, para que nadie lo olvide.

INFANCIA

Nací en el año 1925 en Chęciny, cerca de Kielce. Chęciny es una aldea pequeña en la que antes de la guerra la mitad de la población era judía. Había incluso una sinagoga (que hoy en día funciona como un centro juvenil) y una sala de baile. Me acuerdo que vivíamos en la calle Radkowska 42. Mi padre se llamaba Schmuel Zindel y mi madre, Hendile. Mis padres se casaron en Chęciny en

1924. Soy el primogénito y el mayor entre cinco hermanos. Solo yo y mi hermano menor Józef sobrevivimos a la guerra, el resto de nuestra familia fue ejecutada en la cámara de gas de Auschwitz.

En Polonia, mi apellido era Fejersztein, pero aquí en Chile se lo pronuncia Feuerstein. En Chęciny vivían también mis abuelos paternos —Isaac Mordehai y Rachel—, y maternos —Aba y Frimet—. Algunos de mis tíos emigraron a Colombia mucho antes de que comenzara la guerra.

Cuando era pequeño nos mudamos de Chęciny a Sosnowiec, donde mis padres instalaron una lechería. Producían quesos y otros productos lácteos, además tenía crianza de aves. Los clientes venían incluso de Katowice para comprarle a mi padre, para abastecerse de productos para preparar comida kosher. En aquel entonces Sosnowiec tenía ciento veinte mil habitantes, de los cuales casi la mitad eran judíos. Recuerdo que una tarde mientras cenábamos, mi padre por primera vez empezó a hablar sobre el odio que los alemanes sentían hacia nosotros los judíos. Entonces, aún no entendía lo que significaban sus palabras. Muy pronto supe lo que significaban en carne propia. Cuando en agosto de 1939 fui con unos compañeros de la escuela a un campamento en una región fronteriza con Alemania, vi soldados alemanes armados, las fortificaciones, los tanques... Poco a poco fui comprendiendo todo.

LA GUERRA

Cuando estalló la guerra tenía catorce años. En el primer día fuimos con mi padre a la lechería. La gente venía con carretones para comprar la mayor cantidad posible de huevos, quesos y leche.

El 3 de septiembre los alemanes me llevaron en un tren a las afueras de Sosnowiec, pero conseguí escapar durante el trayecto.

Me escondí en el bosque por más de una semana. Extrañaba a mis padres y finalmente volví caminando a nuestra casa. Cuando llegué a Sosnowiec no reconocí la ciudad. Vi puras ruinas y casas quemadas o aún en llamas, la sinagoga devastada. En dos semanas la ciudad fue totalmente destruida. Los alemanes pronto empezaron a delimitar y establecer el gueto. Tuve que presentarme obligado a trabajar. Empecé como basurero en Katowice. Todos los días regresaba a casa en tranvía, ya de noche y después del toque de queda. Recuerdo que un día de trabajo fui al patio trasero de un restaurante, del cual conseguía restos de comida de vez en cuando. Aquel día tuve suerte porque me tocó encontrar los restos de cabezas de pescado. Estaba encantado y con satisfacción envolví el botín en un papel de diario. Sabía que en casa se prepararía una gran comida gracias a eso. Cuando iba en el tranvía camino a Sosnowiec, se me acercaron unos alemanes y me empezaron a golpear e insultar. Me echaron del tranvía a la calle y me dieron un montón de patadas, preguntando a qué me dedicaba, a dónde iba y dónde vivía mi familia. No podía delatarla, así que dije solamente que era un basurero. Se pusieron a reír de las cabezas de pescados que estuve apretando en las manos para no perderlas. Al cabo de un rato me dejaron en paz y se fueron. Ese fue el principio de todas las humillaciones que me esperaban en los próximos años.

La Gestapo pronto empezó a inspeccionar minuciosamente a las familias judías que vivían en el gueto. Perdimos toda libertad, todo estaba bajo vigilancia. Los alemanes separaban a las familias: a los muchachos y a los hombres los enviaban a la Alemania Nazi a los trabajos forzados. Una mañana entraron a nuestra casa, nos obligaron a salir a la calle inmediatamente y nos llevaron al estadio. A mi padre, a Józef y a mí nos mandaron al trabajo.

Me llevaron a la central de energía eléctrica, donde logré sobrevivir solo gracias a que rápidamente aprendí a manejar la

grúa. Eso me salvó. En el campo de trabajo forzado la situación no era tan terrible como me lo había imaginado. Sin embargo, extrañaba tanto a mi familia que empecé a pensar en huir. Un día dibujé un mapa que le mostré a mi amigo. Tenía un buen plan. Creo que hubiéramos conseguido huir si no hubiese sido por la revisión que nos hicieron los alemanes, durante la cual encontraron el esbozo del mapa. De inmediato comenzaron a golpearnos con tanta fuerza que perdí la conciencia y me recuperé tan solo al cabo de unos días. No me mataron, solamente porque me necesitaban para el manejo de la grúa. Si no hubiese sido por eso, seguro ese habría sido mi fin.

CAMPO DE CONCENTRACIÓN

En otoño de 1942 nos llevaron a Auschwitz. El campo estaba tan sobrepoblado que después de unos días nos trasladaron a Birkenau. De allí casi nadie salía vivo. Era otoño y los días se hacían cada vez más fríos, ventosos y grises.

Recuerdo todo tipo de medidas a las que fuimos sometidos al principio: a todos nos cortaron el pelo y tatuaron un número en el antebrazo. Me dolió mucho cuando me tatuaron con una aguja sin desinfectar... obviamente se me infectó la herida y se me hinchó terriblemente. Pasó mucho tiempo hasta que la herida se curó. Hasta hoy en día lo tengo de recuerdo: N° 160.023.

Luego de este doloroso procedimiento, nos dieron la ropa que usaríamos en el campo de concentración, unos uniformes a rayas. Me tocó un par de pantalones demasiado largos para mi estatura y una camisa enorme. Los zuecos de madera que usábamos, no solo eran incómodos, sino que también producían hinchazón y heridas en los pies, lo que nos impedía caminar y, obviamente,

trabajar. Hay que tener en cuenta que el preso incapaz de ejercer el trabajo era enviado a la cámara de gas o fusilado de inmediato. En el campo de concentración no había lugar para gente no apta para el trabajo.

Mientras tanto, nos empezaron a llegar rumores sobre el levantamiento en el gueto de Varsovia, intento que desgraciadamente fracasó. Un día escuché que la comisión de Auschwitz-Birkenau iba a seleccionar a mil presos para mandarlos a la capital, donde tendrían que ordenar los restos del gueto destruido. Me imaginaba que cada uno soñaba con salir del campo de concentración, no obstante era imprescindible cumplir con varios requisitos. A Varsovia podían enviar solo a los judíos que no eran de ascendencia polaca y que además, fueran jóvenes y fuertes. Yo no cumplía con ninguno de los requisitos, excepto el de ser joven, pero además era ingenioso. En mi sección eligieron sobre todo a los judíos de Holanda, Bélgica y Francia. En aquel entonces ya sabía francés. Cuando llegó mi turno y me preguntaron de dónde era, respondí: —*De Francia*. Di mi número de identificación en el campo e hice algunos ejercicios, demostrando que era fuerte y que seguro mi trabajo en los escombros del gueto sería útil. No sé cómo, pero me creyeron todo. Entonces, un grupo pequeño de presos de Birkenau fuimos en tren rumbo a Varsovia. No podía creer la suerte que había tenido.

VARSOVIA

Cuando bajamos de los vagones, vi las ruinas de lo que quedó de Varsovia. Era una imagen deprimente que discrepaba mucho de como me había imaginado la capital con sus bellos monumentos y edificios. En contraste, vi solamente escombros. De inmediato nos obligaron a ordenar y limpiar el terreno del gueto. La tarea no era

fácil. Los alemanes nos vigilaban como en el campo de concentración, no nos podíamos permitir ningún movimiento ni actitud imprudente. Al cabo de un tiempo conseguí trabajo en la cocina. Sabía que gracias a eso lograría sobrevivir. Lo más importante fue ganar un poco de peso, ya que en Birkenau estaba en los huesos. Cocinando para los alemanes, de vez en cuando pude tener acceso a los mejores restos de comida. Además, con el paso del tiempo, los alemanes me empezaron a tener confianza y pude salir del gueto y comprar lo necesario para la cocina. Siempre iba escoltado por dos soldados alemanes, quienes podían matarme por cualquier actitud sospechosa, por lo que intenté siempre ser cauteloso. Un día, a principios de 1944, estaba comprando pan y el dependiente de la tienda me preguntó a escondidas y susurrando de dónde era y a qué me dedicaba. Le respondí en voz baja que era judío y que trabajaba en el gueto. En un instante tuve que salir porque los alemanes se impacientaron y empezaron a mirarnos con recelo. Al cabo de dos semanas me topé otra vez con este hombre. Me pasó una cosa pesada envuelta en un trapo y dijo que pronto me sería útil. Guardé el paquete en el cesto donde llevaba la compra: col y pan. Al volver al gueto escondí el paquete en la despensa de la cocina para que nadie lo viera. Todo el día me estuve preguntando sobre su contenido. Mi curiosidad era enorme, pero tenía que actuar con cautela. Solo por la noche, después de la cena de los alemanes, habiendo terminado de lavar los platos, cuando ya no había nadie en la cocina, me atreví a ir a la despensa y mirar qué escondía el paquete. Casi me desmayé de miedo al ver que en el trapo había una pistola envuelta. Me cubrió un sudor frío el solo pensar que los alemanes pudieron haberme visto en ese momento. Con rapidez envolví nuevamente la pistola y la guardé en un sitio menos accesible. Volví a la cocina y empecé a secar la loza para tranquilizar los latidos de mi corazón. Entendí entonces que el levantamiento estaba cerca. Y me dije a mí mismo: “en el

momento adecuado podré disparar a los alemanes”. Esta idea me animó. Ya entonces sabía que mis padres y mis hermanos menores habían sido ejecutados en la cámara de gas en Auschwitz. No tenía familia, casa, ni a dónde volver.

Me uní a la Armia Krajowa¹¹. En el día que estalló el Levantamiento de Varsovia, no dudé en hacer uso de las armas. Me uní a otros polacos y luchamos como podíamos. Las municiones que teníamos solo duraron una semana, sin embargo luchamos con nuestras últimas fuerzas hasta octubre. Nos escondíamos en las alcantarillas. A veces los alemanes tapaban la entrada y echaban bombas adentro. Así murieron muchos de mis compañeros. También nos escondimos en un búnker durante varias semanas. Estuvimos esperando la ayuda de los rusos pero ellos no nos ayudaron en absoluto. Esperaron a que nos desangráramos... Yo sobreviví, no sé gracias a qué milagro. En las calles había cientos de cadáveres, no solamente soldados sino también civiles. Era una imagen espantosa. Todo estaba lleno de sangre...

Sobreviví al campo de concentración y al Levantamiento de Varsovia. Hay poca gente que lo consiguió. Sé que esto no es por mérito propio. Esto es una especie de obsequio. Me siento responsable de transmitir a la mayor cantidad de gente posible mis experiencias y mis recuerdos sobre las crueldades de la guerra y del Holocausto. No puedo permitir que las próximas generaciones lo olviden.

¹¹ El Armia Krajowa o AK (literalmente Ejército Nacional) fue el principal movimiento clandestino de la resistencia polaca durante la II Guerra Mundial que funcionaba en el país durante la ocupación nazi y soviética.



Dawid Fajersztein (primero a la izquierda) en búnker durante el Levantamiento de Varsovia, 1944.

ALICJA CIĘCIWA

Nació el 6 de abril de 1931 en Borysław. Hija de Władysław Cięciwa (1902-1966) y Janina Kimler (1910-1988). Desde el año 1949 vive en Chile. Llegó de Alemania en el barco “General Black”. Se casó dos veces. Madre de dos hijos del primer matrimonio: Alicja y Guillermo de la Parra.



ALICJA CIĘCIWA

Me acuerdo cuando por primera vez llamé a Alicja Cięciwa para pedirle una cita. Ella estuvo interesada, pero de entrada me dejó muy en claro que “mi historia no es para nada interesante”. Las historias no tienen que tratar solo de la lucha armada, de grandes victorias o derrotas. Para mí, resultaron interesantes los recuerdos de la vida cotidiana en el campo de transición una vez terminada la guerra y luego, el viaje en barco. Me interesan las historias humanas, la suerte de las personas en el marco de la turbulencia histórica: el exilio debido a la guerra y la vida itinerante, el continuo hacer y deshacer maletas, el cierre de casa con llaves. De Borysław a Cracovia, de Cracovia a Austria, del campo de transición a un país desconocido. Una fuga continua y la inseguridad del devenir del día siguiente. Así fue la infancia y adolescencia de Alicja Cięciwa. ¿En qué forma la guerra puede forjar el carácter humano? Hoy hablo con una persona con carácter fuerte, de un decidido apretón de manos y mirada valiente.

LA GUERRA

Llegué a Chile con mis padres después de la guerra, cuando tenía diecisiete años.

Mi madre nació en Cracovia y mi padre, en Bielsko. Se conocieron en Borysław, cerca de Przemyśl, donde mi padre trabajaba en el Instituto Geológico Petrolero. Yo nací en Borysław. En 1939 a mi padre lo llamaron para unirse al Ejército y mi madre se quedó conmigo en casa. Cuando los rusos entraron a Polonia, mi padre fue informado de que estaba en la lista de personas que iban a ser transportadas a Siberia. La razón que dieron fue que en una oportunidad dijo algo inapropiado sobre los comunistas. Al

enterarse de esto, mis padres hicieron las maletas, cerraron la casa con llave y partimos al oeste, en dirección a Cracovia ocupada por los alemanes, donde mis abuelos tenían una granja. Me acuerdo muy bien como si fuera hoy, que estuvimos esperando dos semanas en una fila para llegar a la comisión y solicitar un permiso de traslado. Varias veces rechazaron las postulaciones de mis padres. Durante todo ese tiempo dormimos en el suelo, no había comida. Mi madre tenía algunas joyas, así que las iba intercambiando poco a poco por pan para nosotros. Conseguimos pasar la frontera solo al cabo de dos semanas. Se cruzaba por un puente. La mitad del puente estaba vigilada por los rusos con fusiles y en la otra mitad éramos recibidos por los alemanes. Obviamente los alemanes querían demostrar lo diferentes que eran culturalmente de los rusos y por eso, ayudaban a las mujeres a transportar sus bultos (no eran maletas sino bultos, puesto que si uno salía con una maleta a la calle, inmediatamente lo encarcelaban).

Fuimos a la casa de mis abuelos maternos. Recuerdo que bajé del tren una estación antes que mis padres, previo a llegar a Bochnia. Tenía nueve años. Siempre fui muy independiente y hacía lo que me daba la gana. Bajé y me fui a la casa de mis abuelos como si no hubiera pasado nada. Ellos no sabían lo que había pasado con nosotros. En ese momento mi abuela estaba ocupada haciendo mantequilla y cuando me vio, gritó:

— *¡Ala! ¡Viene Ala!*

El abuelo respondió:

— *¿Estás loca? ¿De dónde iba a aparecer Ala por acá?*

Me acerqué a ellos, me abrazaron y preguntaron:

— *¿Qué pasó con tus padres? ¿Están vivos?*

— *Viven, enseguida vienen.*

Luego, llegaron mis padres. Era el año 1940. Nos quedamos a vivir con los abuelos. Mi padre se empleó en una barraca, mientras que mi madre se quedó en la casa. Al cabo de unos meses a mi padre lo llevaron a Alemania a un campo de trabajos forzados. Otra vez quedé sola con mi madre. Luego de un año mi padre regresó porque le dio hemorragia pulmonar. Era una época en que los alemanes empezaron a perder la guerra y a mi padre se lo llevaron a excavar zanjas para defenderse de los rusos.

CAMPO DE TRANSICIÓN

Los alemanes llevaron a mi padre por segunda vez desde Cracovia al campo de trabajos forzados, esta vez a Austria, donde tuvo que trabajar en una fábrica en donde construían partes de motores y aviones. Cuando los rusos empezaron a acercarse cada vez más a Cracovia, mi madre decidió irse a Austria, en donde estaba mi padre. Otra vez empacó nuestras cosas en un bulto y nos fuimos. El final de la guerra lo vivimos en Austria, en donde trabajaba mi padre. En esos días, faltaba comida, nos levantábamos a las dos o tres de la madrugada para ir a hacer la fila y tener un buen lugar para alcanzar a comprar coliflores u otras cosas. Normalmente me mandaban a mí a comprar porque yo era la que siempre obtenía todo.

Terminada la guerra, la gente que había trabajado para los alemanes fue enviada a los campos de transición. En uno de estos campos estuvimos entre el año 1945 y 1948.

El lugar era un campo de la organización estadounidense UNRRA¹². Allí comíamos comida norteamericana, pero antes de que empezaran a distribuirla, comíamos solamente sopa de coliflor y de nabos. Los estadounidenses alojaron a todos los emigrantes italianos, franceses, ucranianos, húngaros, lituanos, letones, etc., en las barracas de las tropas alemanas. Era como vivir en un cuartel. Nos separaron por nacionalidades. Cada familia tenía su pequeña habitación, cada uno tenía su cama. Los baños se parecían a aquellos que tienen en el Ejército, compartidos entre varias familias. Preparaban la comida en grandes marmitas y la servían siempre al mediodía. Uno iba con su escudilla, se paraba en fila, obtenía su porción de comida, regresaba a su habitación y ahí comía. Había que ser cuidadoso pues no era recomendable ser el primero de la fila, ya que al principio servían pura agua, ni tampoco último, pues podía faltar comida. Quien quería trabajar, trabajaba y quien no, no tenía que hacerlo porque la comida estaba garantizada para todos. La alimentación y la vivienda eran gratis. Pero mi padre abrió su propia lavandería y tintorería, así que ganaba un poco de dinero, lo que hacía nuestra vida menos dura. Allí teñían uniformes de los estadounidenses y alemanes. Todo escaseaba, por eso la gente traía los uniformes militares viejos, los que se renovaban y se hacían bonitas chaquetas y abrigos.

Una vez finalizada la guerra ya era posible comprar algo. También podíamos salir del cuartel e ir a la ciudad. Se abrieron escuelas polacas, comenzó a funcionar el movimiento scout, en el que participé, establecieron incluso una capilla polaca. Yo volví a ir al colegio para terminar de cursar el cuarto año de la secundaria.

¹² *United Nations Relief and Rehabilitation Administration* (UNRRA): La Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación. Institución de las Naciones Unidas creada en 1943 para el socorro y rehabilitación de los territorios liberados del dominio alemán. Los mayores receptores de la ayuda fueron: China, Polonia, Italia, Yugoslavia.

Después de un tiempo ya era posible regresar a Polonia o inscribirse en una lista especial para salir de Europa. Podíamos elegir el destino que queríamos. Nos ofrecieron partir a Brasil, Argentina o Chile. Pero nosotros queríamos ir a Estados Unidos porque allá vivía nuestra familia. Ansiábamos salir lo más pronto posible del campo de transición porque la vida era terrible: hacinamiento, gente con depresión, traumatizada, convivíamos con gente que había estado en campos de trabajos forzados, personas solitarias, personas totalmente destrozadas por la guerra... Tenía amigas de mi misma edad que fueron llevadas a esos campos después del Levantamiento de Varsovia donde murieron sus padres. Ambas volvieron a Polonia y de allí me mandaban cartas en las que me pedían que volviera al país en donde podría continuar mis estudios. Pero mis padres tenían miedo del comunismo y querían marcharse lo más lejos y rápido posible, para no volver a la Polonia comunista. No se sabía nada sobre los países de América Latina, mientras que de Estados Unidos teníamos, por lo menos, algo más de información... Decían que si uno quería trabajar allá siempre se podía salir adelante. Además, allá había ya muchos polacos y uno se sentía más como en casa. En cambio, cuando llegamos a Chile nos topamos con un mundo totalmente distinto, con otra cultura. ¿Por qué Chile y no Argentina o Brasil? La gente se inscribía en una embajada, después en la otra y otra... íbamos a todas las embajadas posibles. La primera comisión que nos aceptó era de Chile. Nos aceptaron inmediatamente porque éramos sanos y jóvenes. Sin pensarlo mucho, aceptamos el viaje y nos vinimos a Chile. Creíamos que desde acá conseguiríamos irnos a Estados Unidos.

La familia estaba compuesta por mis padres, que todavía eran jóvenes, yo, que en ese tiempo tenía diecisiete años y un joven —Julek Chrzanowski— a quien habían llevado de Cracovia a los campos de trabajos forzados en Alemania. Pasada la guerra él se

unió a nosotros porque probablemente pensó que un día podía haber algo romántico entre nosotros, pero nada de eso resultó. Él nunca hablaba de su familia. Para mí era como un hermano mayor.

En el campo de transición hice un curso de enfermería. Julek trabajaba como mecánico, mi padre también trabajaba. Les parecimos bien a los chilenos: cuatro personas sanas y capaces de trabajar. En estos criterios se basó la comisión para darnos la entrada a Chile.

EL VIAJE

Primero fuimos a Hamburgo. Allí nos embarcamos en el barco “General Black”, nave que durante la guerra transportaba efectivos del Ejército, y después de la guerra transportaba emigrantes. Durante los tres años en el campo de transición pasamos hambre porque no siempre la comida era suficiente para todos, mientras que en el barco vimos abundante comida estadounidense, el pan blanco, todos podíamos comer cuanto quisiéramos... La gente se volvió loca. Sacaban pan y lo escondían en sus bolsillos para el día siguiente, por si acaso, para que no faltase. El capitán tenía que decir:

— *¡Por favor, no guarden pan, aquí no les faltará comida!*

El viaje duró un mes, lo pasábamos bien, todas las noches organizaban bailes. Dormíamos en camarotes, como en el Ejército, pero no era tan malo. Había mucha gente de diferentes nacionalidades europeas: polacos, italianos, húngaros, lituanos... iban bajando en los puertos de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile... En el viaje no hacíamos nada durante todo el día, la comida era buena y además todas las noches bailé con un letón guapísimo. Era lindo como una muñeca. Pero cuando llegamos a Chile, todo se acabó.

Atracamos en el puerto de Valparaíso cuando ya era de noche. El puerto se veía precioso: estrellas en el cielo, estrellas en el mar, casas iluminadas en los cerros... era maravilloso, todos estábamos felices. Casi nadie durmió en toda la noche. Al día siguiente empezamos a mirar la ciudad de cerca y ya a plena luz de día. Nos asustamos porque el encanto que había tenido la ciudad la noche anterior, se evaporó en un tris. Empezamos a ver las casitas de cartón apegadas a los cerros, la gente bajita y sucia... la impresión fue horrible. Estábamos en el puerto y como se sabe, en los puertos no vive ninguna aristocracia sino que el pueblo, la gente sencilla. Cuando nos subimos al tren comenzamos a ver a lo largo de las vías del tren todas las poblaciones callampas, casas sin techos (porque aquí llueve poco), la suciedad, el hedor, los niños descalzos y cubiertos de polvo. Todos los emigrantes que repletábamos el tren, llorábamos con esta imagen. La felicidad que sentíamos la noche anterior al ver el puerto de Valparaíso, dio paso a puras lágrimas de desesperación.

ESTADIO NACIONAL

Al llegar a Santiago nos llevaron directamente al Estadio Nacional. Allí había polacos, rusos, rumanos, yugoslavos, letones... todos le teníamos miedo al comunismo, era nuestro mayor temor y la causa principal por la que abandonamos Europa.

Desde el principio observamos la total falta de organización, puesto que los norteamericanos de Estados Unidos ya habían dejado de cuidar de nosotros. Todo era una gran improvisación. Me acuerdo que en el barco comimos bien durante todo el mes porque la comida era buena y abundante, pero en el estadio nos daban solo carne fría de cordero. No había manteles en las mesas. Hasta hoy en día veo esos platos de latón y cucharas de estaño

que se ennegrecían por la humedad y esa carne que se pegaba a los platos, llena de grasa, fría, sin sabor.

El siguiente paso era buscar un trabajo. Todos decían: —*Busca por tu cuenta*. ¡Pero si ninguno de nosotros hablaba español! Algunos chilenos venían al estadio y preguntaban: —*¿Quién sabe hacer esto o aquello?* Sin contrato, sin nada, salías de allí con tu bulto a buscar algo que hacer para ganar unos pesos. Vivimos en el Estadio Nacional durante casi un mes. Nos prepararon salas segregadas para dormir, unas para mujeres y otras para hombres. Los chilenos venían al estadio como si fuese un circo o un jardín zoológico y nos miraban con curiosidad... Algunos polacos que habían llegado antes a Chile, venían al estadio para encontrar a otros polacos. De esta forma uno ayudaba al otro. Luego de un tiempo, mi padre encontró un trabajo como fontanero en Talca.

El Vicerrector de la Universidad Católica de Santiago era el sacerdote Skowronek. A menudo venía al estadio e intentaba ayudar a los polacos. Un día le conté que había cursado estudios de enfermería y me prometió que me encontraría un trabajo en el Hospital de la Universidad Católica. Mis padres se quedaron en Talca, mientras que yo me vine a Santiago para trabajar. Me quedé a vivir en una habitación en un convento de monjas.

CHILE

Tenía dieciocho años. Me dieron los turnos nocturnos. Sin hablar el idioma, las noches las pasaba en el hospital y los días, encerrada en el convento con las monjas... Era duro para mí, pero tenía que trabajar. De ese tiempo recuerdo que tenían lugar unas reuniones polacas, normalmente organizadas en la Universidad Católica. El cura Skowronek consiguió esa sala en donde nos reuníamos. Allí,

en uno de esos encuentros conocí a los polacos que llevaban un tiempo viviendo en Chile y que tenían una fábrica de textiles. Su dueño era el señor Dunaj. Un día mientras bailábamos *krakowiak*¹³ le dije:

— *Usted tiene una fábrica, ¿me podría contratar?*

— *Bueno niña, sí.*

— *¿Puedo ir para ver cómo es ese trabajo?*

— *Sí, ven. No hay problema.*

En aquel entonces estaba sola aquí, en Santiago. Mis padres vivían en Talca. Las monjas me permitieron salir por media hora. Fui a hablar con Dunaj. Al llegar allá, él me ofreció trabajo en la oficina. Le pregunté:

— *¿Cuánto es el sueldo si uno trabaja en la oficina?*

— *Tanta cantidad.*

— *Bueno. ¿Y cuánto ganan los tejedores en su fábrica?*

— *Mmm... ellos ganan unas cuatro veces más.*

En la fábrica trabajaba también otro polaco. Se llamaba Bolek y era mecánico. Cuando me conoció, me dijo en voz baja:

— *Pide a Dunaj que te dé el trabajo con la máquina. Yo te enseñaré como manejarla.*

Entonces le propuse a Dunaj:

¹³ *El Krakowiak*: una danza folclórica polaca de la región de la Polonia Menor, considerado un baile nacional.

— *Señor, si aprendo a manejar la máquina durante la pausa de almuerzo, ¿me contrataría?*

— *Bueno, sí —dijo, aún poco convencido.*

Bolek me explicó todo durante la pausa de almuerzo. El trabajo con la máquina no era fácil. El ruido era tremendo, te dejaba casi sordo. Además, si uno no sabía como operar las máquinas, estas se bloqueaban, se cortaban los hilos y la tela... Después del almuerzo fui a hablar con Dunaj:

— *Señor, ya aprendí.*

— *¿Qué?— preguntó con asombro.*

— *Aprendí. Si usted quiere, me puede probar.*

No me creyó y probablemente no me quería dar ese trabajo, pero yo le dije:

— *Señor Dunaj, yo soy polaca y usted es polaco. Y un polaco tiene que cumplir su palabra. ¿Me va a dar este trabajo o no?*

Finalmente accedió. Pronto empecé a ganar más que mi padre. Traje a mis padres a Santiago, arrendamos un par de habitaciones y vivíamos juntos. Trabajaba mucho y todo el dinero que ganaba, se lo daba a mi madre. Me quedaba solo con el dinero necesario para pagar el tranvía. Así fue nuestro trabajo en Chile. Dentro de poco, mi padre se empleó, gracias a un conocido, en una curtiembre. A esas alturas ya teníamos más contactos pues conocíamos a más polacos que vivían en Chile. Es típico: cuando los polacos llegan a un país extranjero, al principio se juntan entre ellos. Luego, buscan trabajo y se apoyan hasta el momento en que cada uno se instala y arma su vida. Después, la gente empieza a vivir sus propias historias y al final, empiezan a juntarse de nuevo... en los entierros.

Arrendamos una casa y mi madre le subarrendó una de las habitaciones a una chilena, a fin de abaratarlos el alquiler. Esta mujer trabajaba en una fábrica de carteras. Mi madre observaba su trabajo y decidió que ella también empezaría la producción de carteras. Al cabo de un tiempo llegamos a tener nuestra propia fábrica, algunas tiendas, máquinas, empleados... Desde aquel momento la vida nos cambió totalmente. Trabajaba mucho y así aprendí porque muchas veces la vida me golpeó. Donde me pudieron engañar, me engañaron y donde me pudieron estafar, me estafaron. Aquí uno siempre tiene que actuar con cautela.

Todo lo que conseguimos aquí no dependió de la formación universitaria, sino que de la fuerte voluntad y del trabajo duro. Aquí llegó mucha gente con títulos profesionales que no lograron nada. En cambio, las personas que llegaron provenientes de la Polonia rural y trabajaron mucho, amasaron grandes fortunas.

A los diecinueve años me casé con un ingeniero químico chileno. Me faltaban las raíces, la patria, la seguridad del día siguiente... Creía que casándome con un chileno podría establecerme, echar raíces, tener una familia... Pero no estaba ni aquí ni allá. No fuimos a los Estados Unidos, no volvimos a Polonia... estaba suspendida en el vacío. El matrimonio significaba para mí la posibilidad de raigambre. Tengo dos hijos. Mi marido tenía una familia grande, y siempre era la "gringa"... Antes de casarme aún no hablaba bien español, pero siempre leía mucho en Polonia. Como no tenía libros en polaco para leer, empecé a leer en español y de esa forma aprendí el idioma. Aunque llevo en Chile muchos años, todavía hablo correctamente el polaco. Simplemente amo a mi patria.



JÓZEF HOSIASSON

Nació el 12 de julio de 1931 en Varsovia. Hijo de Henryk Hosiasson (1896-1948) y Edwarda Siekierko (1909-1983). Vive en Chile desde 1948. Casado con la chilena Gabriela Saavedra Valenzuela. Padre de cuatro hijos: Janina (1958), Henryk y Filip (1959) y Stefan (1960).



JÓZEF HOSIASSON

Cosmopolita, un destacado crítico musical, experto y divulgador del jazz, coleccionista de discos, melómano. Nos juntamos en su “templo de música” en el cual guarda una colección de más de ocho mil discos de jazz. En las paredes están colgadas las fotos en las que sale acompañado por eminentes músicos como Armstrong, Ellington, Hampton, Marsalis... Pronto, la habitación en la que estamos conversando se llena de humo de cigarrillos como una niebla y Józef Hosiasson continúa su historia sobre Neruda, Edwards, música, festivales de jazz, arte, literatura... Aunque habla perfectamente polaco, de vez en cuando añade una palabra en italiano, español o inglés. Para un hombre tan culto, un idioma no es suficiente para expresarse completamente.

VARSOVIA Y LA ÉPOCA ANTES DE LA GUERRA

Nací el 12 de julio de 1931 en Varsovia. Soy hijo único, ni siquiera tenía primos. Ninguno de mis tíos tenía hijos. Yo era el último Hosiasson. No hay otra familia con este apellido en el mundo. En Varsovia, vivía en la calle Trębacka 4.

Cuando era chico, todas las vacaciones de verano las pasaba en la propiedad familiar en Skolimów, cerca de Varsovia, con mi abuela.

Los hermanos Hosiasson eran cuatro. El mayor de ellos era mi padre, Henryk, le seguía Stefan, un médico que no quiso vivir en Polonia y en cuanto terminó su carrera, se fue a París donde se quedó hasta su muerte. Mi abuelo, (a quien no conocí porque murió tres semanas antes de mi nacimiento), lo desheredó por abandonar la patria. En aquellos tiempos, tener un hijo médico era

un gran orgullo para la burguesía, entonces, como Stefan no quiso quedarse en Polonia, para mi abuelo fue un gran golpe. Cuando mi tío se fue a Francia, tuvo que tocar violín para poder pagar por la revalidación de su diploma de médico. Era un personaje interesante, escribió un libro, se interesaba por la hipnosis, viajó a México... La tercera de los hermanos era Janina, la más famosa de toda la familia, filósofo, matemático de la escuela judío-polaca, comunista. El menor era Ludwik a quien llamábamos cariñosamente Lutek. Después de la guerra se vino a vivir a Chile.

Mi padre terminó sus estudios de Derecho en Varsovia y los de Composición Musical en el Conservatorio de Leipzig. Cuando murió el abuelo, fue mi padre quien tuvo que encargarse de la administración de la propiedad familiar con la ayuda de su hermano menor, Lutek. Todos los años se tomaban un mes de vacaciones y se iban a alguna parte a descansar. Para el año 1939 en Nueva York estaba prevista la Exposición Universal, que se organizaba cada cuatro años. Mis padres decidieron viajar a Nueva York en agosto, ya que nunca antes habían visitado Estados Unidos. No obstante, como mi padre justo antes del viaje tenía la presión alta, su médico le recomendó que fuera a Nueva York en otra ocasión ya que en esas circunstancias era muy peligroso para su salud. Si mis padres hubieran viajado a Nueva York, me habría quedado en Skolimów. Y si me hubiese quedado en Polonia, probablemente hubiese terminado en Auschwitz, como mi abuela.

Mis padres cambiaron de planes y en vez de viajar a Nueva York, se fueron a Escandinavia. Era junio del año 1939. Volvieron a Polonia antes de que comenzara la guerra. Lutek se fue a Niza y la guerra lo sorprendió allí. Imagínese que uno se va de vacaciones, pasea por las playas de la Costa Azul en pantalones blancos... Lutek nunca más volvió a Polonia... Durante la guerra se fue de Francia a Portugal y de allí a Cuba.

NOS FUIMOS A ITALIA

En marzo de 1940 nos fuimos de Varsovia a Italia. En aquel entonces pocos polacos con apellido judío lograron escapar de Polonia. Italia todavía no estaba en guerra. Mi padre se consiguió visas italianas para todos, extendidas por la Gobernación General Alemana en Cracovia.

Viajamos en tren de Varsovia a Viena, luego a Tarvisio, Venecia y Bolonia. No estoy seguro, pero creo que Stefan quien estaba viviendo en París en aquellos tiempos se juntaba con los demás polacos en la casa de Éve Curie, hija de Marie Curie, donde tocaba violín en un cuarteto. En una de estas veladas conoció a una princesa italiana y de esta manera nos consiguió las visas que extendió la embajada italiana en Berlín. No teníamos otra opción. El único destino donde podíamos viajar legalmente durante la guerra era a la Italia de Mussolini. De Italia quisimos cruzar a Francia donde estaban Stefan y Lutek pero, para hacerlo, necesitábamos obtener nuevos pasaportes polacos, documentos que no teníamos porque ni existía el gobierno polaco. Además, requeríamos visa francesa, la que no nos podían estampar en el pasaporte alemán debido a la guerra.

Me acuerdo que estábamos en Milán para obtener la visa francesa. Íbamos en un tranvía rumbo a la embajada francesa cuando, de repente, todo se detuvo y escuchamos la voz de Mussolini en los altavoces: —*Italia declaró la guerra. Tropas italianas invadieron el territorio francés.* Era junio de 1940, así que tuvimos que quedarnos en Italia. Nos fuimos de vacaciones a Rimini y allí arrestaron a mi padre y a mi madre por una noche, por ser ciudadanos enemigos, *cittadini nemici*, éramos polacos. Nos enviaron relegados a un campo de internamiento en Abruzzo, en un pueblo de Guardiagrele en la provincia de Chieti. Allí vivimos tres años. Mis padres estaban confinados, pero yo no, porque era un niño. Cada mañana mi

padre tenía que firmar en un libro de los carabinieri y no podía transitar por las calles después de las nueve de la noche. Por esa razón es que el Alcalde venía a nuestra casa a jugar póker con mi padre. Me acuerdo también que en Guardiagrele mi profesor de la escuela era secretario del partido fascista.

Cuando Italia se rindió nos trasladamos a otro pueblo cercano, Quadri, pero ahí vivimos como italianos, no mostrábamos nuestros documentos polacos. Mi madre y yo hablamos bien el italiano, pero mi padre tuvo que fingir que era mudo. Luego, llegaron los alemanes a Quadri y pasamos con ellos todo el invierno. Recuerdo que fue un invierno crudo, había dos a tres metros de nieve... En ese período se desarrollaba la Batalla de Monte Cassino. Nosotros estábamos en el lado alemán del Río Sangro y no sabíamos que al otro lado del río estaban los polacos.

En la primavera nos fuimos de Quadri. Dijimos que nos iríamos solo por unos días. Si les hubiésemos dicho a los alemanes que nos íbamos para siempre, habrían podido asesinar a la familia con la que vivíamos. Nos fuimos a pie hacia Atessa, que era el centro principal de las tropas británicas. Me acuerdo cómo cruzamos el río, cómo pasamos por el campo minado... Era marzo del año 1943. De allí nos fuimos a Bari, luego retornamos a Bolonia. En Bolonia vivimos en la Via Santo Stefano. Mi padre contrató a un profesor particular de violonchelo para que me enseñara en casa. Ahí viví entre 1945 y 1948. Fueron los primeros tres años de regreso a la normalidad, sin guerra. Comencé a estudiar en el *Liceo Scientifico*, más tarde terminé los estudios en Chile. Mi padre trabajaba como crítico cinematográfico para el periódico *Diario del Soldado* por lo que yo tenía entradas gratis a todos los cines en Bolonia. No puedo olvidarme de eso. Dos veces al día podía invitar a las chicas a las primeras películas estadounidenses que recién eran proyectadas en los cines italianos.

LLEGADA A CHILE

Mi familia tenía en Polonia una fábrica de cosméticos y representaba a las empresas Chanel y Bourjois. Chanel también tenía una fábrica en Valparaíso. Las administraba un suizo que terminó en la lista negra por vender los productos a los alemanes, puesto que una vez terminada la guerra estaba prohibido mantener contacto comercial con Alemania. Mi padre fue contratado para hacerse cargo de esa fábrica. Antes de nosotros, llegó el tío Lutek, desde Cuba a Valparaíso. Cuando estábamos listos para empezar el viaje, con los pasajes y las visas chilenas en mano, mi padre murió de un derrame cerebral. Lo enterramos en Bolonia. Después de su muerte, cambiamos los pasajes de barco por pasajes aéreos. De todas formas íbamos a viajar en primera clase, así que, no hubo gran diferencia en el precio. Junto con mi madre viajamos solos a Chile en un avión de la línea aérea KLM. Fue mi primer viaje en avión. Era el año 1948, tenía diecisiete años. Me acuerdo que aterrizamos en Montevideo, desde donde tomamos un pequeño barco hacia Buenos Aires. Ese barco era como un hotel: embarcamos por la noche y llegamos a Buenos Aires al día siguiente por la mañana. Desde el puerto fuimos al aeropuerto y tomamos un avión de la aerolínea Panagra con destino a Santiago de Chile.

Aquí en Chile, al principio, tampoco mantenía contacto con los jóvenes polacos porque vivíamos en Viña del Mar, donde no había adolescentes de mi país. En casa hablábamos solamente polaco con mi madre y con el tío Lutek. Toda la sociedad polaca se reunía en nuestra casa, cuando venían a Viña del Mar. En general era gente mayor, de la edad de mis padres. Yo siempre era el menor.

Cuando llegamos a Chile iba a una escuela italiana en Valparaíso y luego empecé los estudios de Arquitectura en la Universidad de Chile. Estudié un año. Tenía muchos amigos arquitectos y

sabía en qué trabajaban ellos. Todos eran funcionarios estatales y trabajaban en el municipio o en los ministerios. Los únicos que de verdad trabajaban como arquitectos eran hijos de arquitectos que trabajaban en las oficinas de sus padres. Así que pensé que no era necesario cursar cinco años de Arquitectura para ser un funcionario estatal. Entonces, empecé a trabajar en SAS, una aerolínea escandinava, luego pasé a Alitalia. A fines de los años cincuenta, con un checo creamos una sociedad llamada “Koralek y Hosiasson Limitada”. Viajábamos por todo Chile.

Mi esposa es chilena. Tenemos tres varones y una hija. Janina, la mayor, nació en 1958 y desde 1980 vive en Brasil donde es profesora de literatura hispana en la Universidad en São Paulo. Henryk y Filip son gemelos, nacieron en 1959. Henryk trabaja en un banco, Filip es arquitecto. Mi hijo menor, Stefan, es pediatra. Todos saben tocar el piano.

Nunca pensé en volver para siempre a Polonia. Aquí tengo a mi familia, mis amigos, mi jazz que promoví, tengo mi medio ambiente, mi círculo de amistades. Me siento polaco cuando me junto con los polacos y comemos bigos (un típico guisado de repollo, chucrut, diversas carnes, tocino, setas, ciruelas, pasas, etc.). Pero ¿volver a Polonia? No... Vivir en Polonia sería como vivir en un país que desconozco... Además, no sé nada sobre la Polonia actual ni sobre su política. Aquí, por lo menos, sé quién es quién.

MARIA ELZBIETA DZIEKOŃSKA

Mary Elizabeth Dziekoński Rūhardt nació el 19 de enero de 1944 en Jaffa (Palestina). Hija del mayor Miroslaw Dziekoński (1915-1987) y de Elzbieta Rūhardt (1911-1981). A Chile llegó con sus padres en el año 1949 en el buque “Reina del Pacífico”. Dos veces casada (Iván Villaseca y Pedro Ávalos). Madre de tres hijos del primer matrimonio: Iván Lech (1964), Ximena (1966) y Luis Eduardo (1967).



MARIA DZIEKOŃSKA

Cuando uno pregunta a Maria Elżbieta Dziekońska: —¿De dónde eres? Ella responde: —De ninguna parte. Nació en Palestina (en esa época protectorado británico) donde el Ejército polaco, bajo el mando del General Anders, tenía su base en aquel entonces. Para los soldados polacos, exprisioneros de los campos de trabajo forzado en Siberia, representaba un eco lejano del hogar que todos extrañaban durante los duros tiempos de la guerra. Aún siendo pequeña vivió con su familia en Italia e Inglaterra. Cuando a los cinco años de edad llegó con sus padres a Chile, de repente esta Polonia, sobre la cual se hablaba en casa, se hizo incluso más lejana para ella, casi inalcanzable. Historias sobre aquel país lejano, imágenes de los campos verdes y los nidos de las cigüeñas en los techos, estaban presentes durante toda su vida, aunque en Polonia pasó solamente unas semanas, siendo ya una persona adulta.

MI MADRE

Mi madre se llamaba Elżbieta Maria Rūchardt y nació en 1911.

Soy hija de su segundo matrimonio. Su primer marido se llamaba Stanisław Gardulski y era oficial de carrera en el Regimiento de los Ulanos de Poznań, número 19. En febrero de 1939 nació su hijo Marek y en septiembre del mismo año Stanisław murió en combate. Luego, mi madre se quedó viviendo con el pequeño Marek durante un tiempo, en Lwów, desde donde los deportaron a Siberia. Un día antes de ser deportados, vinieron los alemanes a la casa de mi madre para proponerle una forma segura de salir de Polonia. Para que esto sucediera, ella tenía que firmar un documento que certificaba que era alemana (ya

que mi madre era efectivamente de origen alemán). Ella solo respondió: —*Mi marido es polaco, mi hijo es polaco y yo también me siento polaca.*

MI PADRE

Mi padre nació en Słuck. Durante la Segunda Guerra Mundial era un militar de carrera, Teniente de Caballería en el Regimiento de Ulanos, número 12. Participó en los combates de Silesia y en la Batalla de Mokra¹⁴. La brigada de caballería de mi padre tuvo que enfrentar el ataque de una división panzer alemana. Los polacos consiguieron detenerla por tres días. Durante la batalla, mi padre fue herido por lo que vivió hasta su muerte con un pequeño trozo de acero en la cabeza. La bala de un fusil automático le atravesó el casco y los fragmentos de metal se quedaron en su cráneo. Después, cuando aún estaba tumbado y herido en el campo de batalla, pasó un tanque, con un cañón de veinte centímetros le disparó. La bala perforó su pecho. La Batalla de Mokra lo dejó con dos heridas, por lo que fue transportado en tren a Rumania. A los heridos los evacuaron allí, puesto que Rumania era aliado de Polonia.

Posteriormente mi padre cruzó dos veces la frontera entre Rumania y Polonia, a la ciudad de Lwów. La primera vez lo logró, tanto de ida como de regreso, pero la segunda vez, siendo invierno, de noche y nevando, perdió el rumbo por donde debía pasar y lo atraparon. Primero lo llevaron a la cárcel y luego a Siberia a Gorki.

¹⁴ Batalla de Mokra: uno de los primeros enfrentamientos armados del Ejército polaco durante la Segunda Guerra Mundial. Tuvo lugar el 1 de septiembre de 1939 cerca de la aldea Mokra.

Mi padre fue prisionero de guerra durante casi dos años. Cuando salió del campo de trabajos forzados en Siberia, pesaba 38 kilos. Era el 31 de diciembre de 1941. Aquel día lo soltaron y lo mandaron a otro campo pero él escapó y se juntó con el Ejército Polaco del General Anders. Ahí sirvió en el Segundo Cuerpo del Ejército, en el escuadrón personal.

Si los alemanes no hubieran invadido a los rusos, de seguro hubiera muerto en Siberia. Pero como los atacaron, había presión por parte de Inglaterra y de un momento a otro los rusos se transformaron en nuestros aliados. En Rusia, en el exilio, empezó a formarse el Ejército polaco.

Mi padre hizo un itinerario increíble con las tropas de Anders: Jangijul, Krasnowodzk, Persia, Irán, Irak, Egipto, Italia...

Me contaba que había tenido una lapicera estilográfica de marca Mont Blanc que en aquellos tiempos era una rareza. Un día conoció a un ruso del servicio de inteligencia a quien le gustó mucho esa lapicera. Hicieron un intercambio: mi padre le cambió la lapicera al ruso por veinte salvoconductos en blanco. Mi padre escribió, con lápiz de mina, en esos salvoconductos los apellidos de los presos polacos y mandó a un soldado para que liberara del cautiverio a familias enteras. Cuando una familia quedaba en libertad, mi padre borraba el nombre de la persona liberada y escribía uno nuevo. De esta forma consiguió liberar a mucha gente, también a Elżbieta, su futura esposa quien fue mi madre.

HISTORIA DE MIS PADRES

La historia sobre cómo se conocieron mis padres es inusitada. Mi padre era amigo del hermano de mi madre, Jura Rūchartd. Lo conoció porque Jura quería entrar al Ejército polaco pero no hablaba muy bien el idioma polaco. Mi padre iba a su casa

para darle clases del idioma. Elżbieta era cuatro años mayor que Mirosław, así que no le ponía mucha atención. Poco tiempo después ella se casó con Stanisław Gardulski y dio a luz a su primer hijo, Marek. Cuando estalló la guerra, enviudó y fue deportada a Siberia.

En mayo de 1942, al cabo de dos años de cautiverio, otra vez en su camino apareció Mirosław Dziekoński, antiguo profesor y amigo de su hermano. Se encontraron en Jangijul. Mi madre se alegró mucho, ya que al fin había encontrado a alguien de los tiempos felices de su juventud. Después de varios años de guerra, encontrar una cara conocida de un hombre de confianza, era un verdadero milagro. Pronto, la amistad entre ellos se transformó en amor. Se casaron el 19 de diciembre de 1942 en Quizil Ribat, Irak. Fue bastante romántico. Mi madre tenía 31 años cuando contrajo su segundo matrimonio. En esas circunstancias uno no sabía si al otro día iba a vivir o morir. Aún conservo correspondencia entre mis padres, mientras mi padre luchaba en Monte Cassino y mi madre estaba en Palestina.

Yo nací en enero de 1944 en Jaffa, en Palestina. En un hospital árabe, el médico que asistía durante el parto era judío. Todos los soldados del Ejército Polaco del General Anders me adoraban. Era su mascota: me abrazaban pero a mí no me gustaba eso para nada. Me acuerdo de esos continuos pellizcos y abrazos...

Imagínese qué pasaba en el regimiento cuando aparecía un bebé. Para todos los soldados del Ejército polaco representaba valores como el hogar, amor... en esos momentos todos añoraban una familia...

En Palestina mi madre trabajaba en la oficina de censura inglesa —tenía acceso a toda la correspondencia que entraba y salía de Palestina al exterior—. Hablaba cinco idiomas: ruso, alemán, francés, polaco e inglés. Español fue su sexto idioma. En Chile,

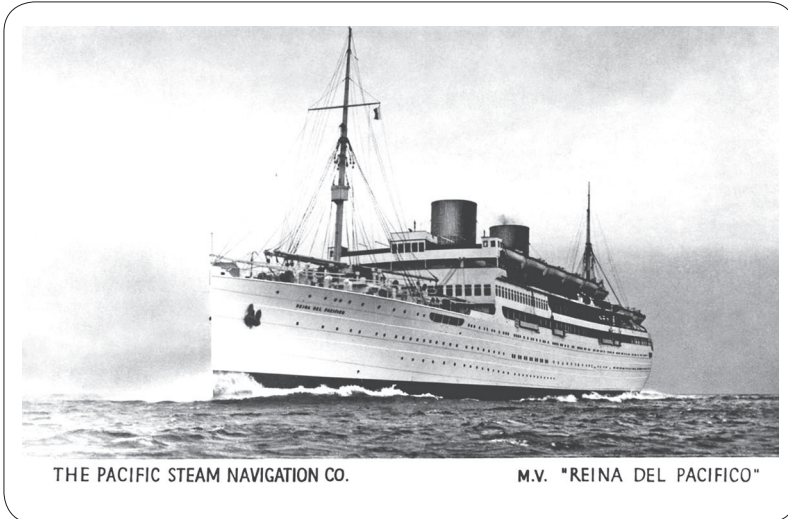
empezó a trabajar para la ONU. Pero ahora dejó este tema para volver a los tiempos del Segundo Cuerpo del Ejército...

Cuando era pequeña, durante un año, vivimos en Cingoli, en Italia. En 1946 nos fuimos a Inglaterra donde se desarmó el Ejército. Al principio vivimos en Shobdon, en un campamento para las tropas, y después nos mudamos a Londres. Los ingleses no sabían qué hacer con tanta cantidad de polacos. Si hubiéramos vuelto a Polonia, nos habrían apresado. Nos ofrecieron un pasaje a donde quisiéramos ir: Estados Unidos, Canadá, Argentina. Nosotros nos vinimos a Chile. Viajamos en primera clase en el buque "Reina del Pacífico". Mis padres escogieron Chile porque aquí vivía el primo de mi madre, que era director en la empresa Philips.

A Chile llegamos el 15 de febrero de 1949. Mi padre, mi madre, mi hermano Marek Gardulski, hijo del primer matrimonio de mi madre y yo. Mi abuela materna también. Salimos de Inglaterra y llegamos a Valparaíso.

Me acuerdo que en el buque cumplí cinco años. Cuando cruzamos el Canal de Panamá vi en el mar a mucha gente muy pobre: las personas que viajaban en el buque les tiraban monedas al agua y ellos las buceaban. Recuerdo también que en el mismo buque llegó la familia Pszczółkowski. Hasta hoy en día tengo la lista de todos los pasajeros que viajaron con nosotros en ese barco.

En cuanto a la guerra, en nuestra casa se hablaba mucho del tema. Ya en Chile mis padres nos contaban cómo tenían que esperar que las gallinas pusieran huevos para poder prepararse huevos revueltos, por suerte teníamos un gallinero con varias gallinas. Yo no quería escuchar sus historias sobre la guerra. Mi padre escribió un libro con sus memorias pero no pude leerlo hasta quince años después de su publicación. Sin lágrimas, sin dolor en el estómago. Mi hijo menor también trató de leerlo pero no podía porque al leerlo empezaba a llorar...



Barco "Reina del Pacífico" en el cual Maria Dziekońska y sus padres vinieron a Chile en 1949.

696
 28 FEB 1944
 33

GOVERNMENT OF PALESTINE
 DEPARTMENT OF HEALTH
 Certificate of Registration of Birth

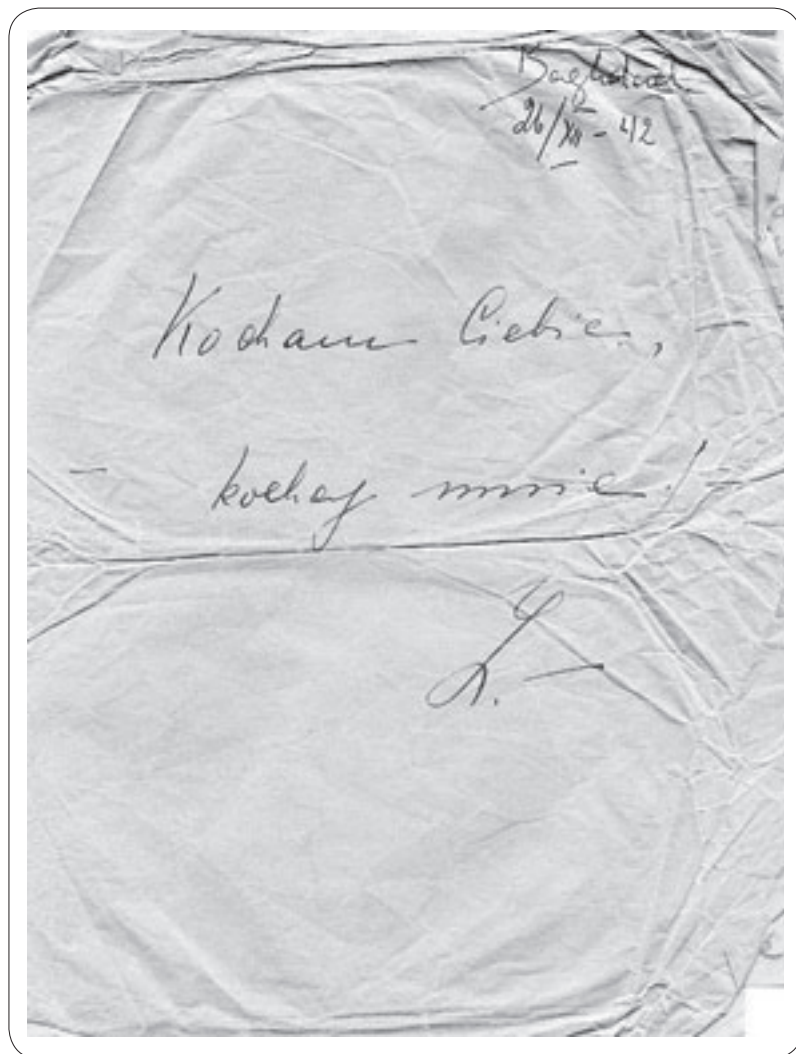
Place of Birth	Date of Birth	Name of Infant	Sex of Infant	PARTICULARS OF PARENTS						Permanent Address of Parents	Nationality of Father	Nationality of Mother	Name and Address of person Notifying Birth	Date
				Father	Mother	Name	Age	Religion	Name					
696	17/1/44	Mary Elizabeth	Female	Miriam Sziklowski	30	Christian	Elizabeth	33	Christian	Rechovoth Col	Polish	Polish	Dr. M. J. S. Jaffa	28/2/44

Certifies that the above is a true extract from the Register of Births kept at the Office of the Department of Health in the District of *Haifa*.

Date and Office: *Haifa*

Medical Officer of Health: *[Signature]*

Certificado de nacimiento de Maria Dziekońska, Jaffa 1944.



*Carta escrita por Elżbieta Rūchart a Mirosław Dziekoński,
Bagdad 1942.*

Texto y elaboración
Aleksandra Pluta

Traducción
Mary Elizabeth Dziekoński Rüchardt
Agnieszka Bartczak
Zofia Góraj

Coordinador del proyecto
Grażyna Machałek



